

CARMEN LYRA

¿QUIEN FUE Y QUE HIZO?



Presentada por
**Luisa González
y Carlos Luis Sáenz**

Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes



EDEL

CARMEN LYRA



Presentada por

Luisa González
y
Carlos Luis Sáenz



Ministerio de Cultura Juventud y Deportes
Departamento de Publicaciones
San José, Costa Rica
1972

v1.0 Editorial Electrónica- EDEL
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

INDICE GENERAL

LA OBRA LITERARIA DE CARMEN LYRA

PRIMEROS RELATOS

La copla (de "Las Fantasías de Juan Silvestre")

Mama Canducha (de "En una silla de ruedas")

Unas manos que no deseaban ser blancas

EPOCA REALISTA

Ramona, la mujer de la brasa

Bananos y hombres

I. Estefanía

II. Nochebuena

III. Niños

IV. Río arriba

Lucía (de "Siluetas de la maternal")

PAGINAS Y TEATRO PARA ESCOLARES

Don Gregorio José Ramírez, joven capitán que sacó a Costa Rica de una tempestad

Un gran civilizador costarricense

La madre y los dos niños

El estudiante

El Hospital San Juan de Dios

El Asilo Chapuí

El Sanatorio Duran

La higienización de San José

La Malaria o Paludismo

La Anquilostomiasis

La Escuela de Enfermeras

Acabó su vida sobre el yunque

Ensueños de Navidad

NOTAS

BIBLIOGRAFIA DE CARMEN LYRA

CUADRO CRONOLOGICO



Carmen Lyra en su casa.

LA OBRA LITERARIA DE CARMEN LYRA

Carmen Lyra constituye entre nosotros el caso más notable del advenimiento de la mujer a las letras hispanoamericanas, posterior al movimiento modernista.

ABELARDO BONILLA.

En plena juventud, hacia los 18 años, en 1906, María Isabel Carvajal inicia su obra literaria que firma con el seudónimo de Carmen Lyra.

Durante unas cuatro décadas irá ampliándola; no le pondrá fin sino cuando la urgencia de la lucha social, reclamando el empleo de su pluma, apenas si le deja tiempo para la invención artística.

La narrativa, el cuento, la novela, fueron su más trabajado campo de creación literaria.

En la novelística enriqueció nuestras letras con su obra: *En una silla de ruedas*, y con cuatro relatos (primera edición), unidos sólo externamente, a los que sirven como impronta las memorias de un personaje original: Juan Silvestre.

En la rama del cuento, además de los de su propia invención, resalta en la historia de nuestra literatura su obra de recopiladora y recreadora de cuentos tradicionales en los que, sobre el interés puramente folklórico o erudito, predomina la intención artística que logra, admirablemente, la conjugación de fondo y forma.

Con la actitud de una mente ingeniosa, de crítica punzante, un tanto desesperanzada a veces, otras ardientemente combativa, a modo del humor de un Larra, dejó escritos un notable conjunto de cuadros de costumbres y de artículos periodísticos, muchos de los cuales, aparte de la circunstancia temporal que engendró el tema, ofrecen cualidades artísticas que no pierden vigencia: humor, burla, ridículo, sátira.

Sus preocupaciones y su conciencia de educadora encarnan en su obra cuando compone teatro para niños, o cuando redacta temas para libros de texto escolares, o cuando dirige y escribe una revista para deleite de nuestros estudiantes de primaria.

En este aspecto, en el de escritora para niños, su producción es breve y menor; sin embargo, en nuestro medio literario resulta novedosísima y ejemplar.

* * *

Los cuentos de Carmen Lyra, durante su primera época, la de iniciación, idealismo y romanticismo aparecen junto con una franca tendencia realista.

Tal modalidad literaria se prolongará en todas sus composiciones hasta la novela *En una silla de ruedas* (1918).

Una suave línea de poesía lírica ondula como constante en sus relatos de entonces, sobre todo en la evocación del paisaje y en la de la tristeza de las almas.

El lenguaje literario de estos cuentos y novelas, comparado con el que en sus obras emplearon costumbristas y cuentistas de principios del siglo XX: Magón, García Monge, Carlos Gagini y Fernández Guardia, por ejemplo, muestra en el estilo de la época, las diferencias resultantes de los rasgos característicos del modernismo en la prosa.

Allá por el año 1917, un buen amigo de Carmen Lyra, el joven escritor Francisco Soler (1893-1920) trazó el siguiente revelador boceto de la escritora, en el que las más acusadas y permanentes aristas de su personalidad fueron certeramente intuitas y simpáticamente expresadas:

"—Sí, estuve mucho tiempo en el Hospital, pero no profesé. Seguramente me faltaba vocación.

"Y Carmen Lyra, sumida en la sombra de la sala en que pasa las primeras horas de la noche, con voz clara y un poco infantil, hacía consideraciones acerca de su existencia de novicia.

"Fue cuando tenía dieciocho años y su alma, hoy tranquila y tolerante, se quemaba en el fuego de la redención. Llegó al Hospital llena de ilusiones. Mas comprendió muy pronto que allí la caridad resultaba una línea recta en vez de ser la expansión piadosa con que soñaba su fantasía: era tiránica, ruda, obligatoria. Su espíritu libre no logra sujetarse a los reglamentos rígidos. Salió. Entonces fue cuando empezó a escribir y las palabras de consuelo que tenía para los enfermos fueron para el viandante a quien los frutos del camino dan la amargura de la retama del desierto; para el cautivo que ve con ojos de envidia al que circula por el arroyo sin ser más libre que el resto humano; para el inconforme sin patria, desterrado en cualquiera de los lugares en que se encuentre; para todos, en fin, que rodamos cual las piedras sin otro rumbo que aquel que nos imprime el puntapié arbitrario del destino.

"No había concluido de hablar cuando entró un vejete de ojos rojizos y amarillenta barba, que ayudaba la debilidad de sus piernas con un bordón grueso y retorcido, único apoyo que le quedara en el mundo.

"—Es un amigo mío. Un pobre viejo que no tiene dónde dormir y viene aquí, yo le arreglo un colchón sobre las sillas de la sala. Me da mucha pena dejarlo allí tan incómodo, pero mi cama la tiene ahora ocupada ese chiquillo que está enfermo: una víctima de la herencia.

"Esta rara mujer que presenta el aspecto de un granuja, vive dos veces. Vive un presente de bien, prodigando alegrías con sus palabras balsámicas, frescas como el rocío, suaves como el musgo; haciendo obras pías con la naturalidad del que se cree obligado por su sola condición humana, para las que se priva de las suavidades de su colchón y se quita el pan de la boca, como sucede en la *Leyenda Dorada* y en *Las Florecillas del Hermano Francisco*. Y vive en el pasado siempre que escribe: su literatura es evocativa. No busquéis en ella enredos novelescos, os defraudará; no pretendáis encontrar en ella tramas llenas de bifurcaciones, os engañaréis.

"No. Por las páginas de Carmen Lyra los recuerdos pasan como los primeros vientos de la primavera, dejando un aroma de montaña, una melancólica alegría de tarde veraniega con oro de sol lento; una alegría confusa de mañana gris, mezclada con la sonrisa de un niño que se marcha triste para la escuela; el bostezo de la vieja que hace hoy lo que hizo ayer y mañana lo que hoy, sin esperanza de variar; el pañuelo de la muchacha que se fue con otro y lo dejó olvidado en la casa del amante; nimiedades que son la recia, la intensa realidad.



Nom : Carraval
 Prénoms : Maria
Stabel
 Né le 15-1-1888
 à San José Costa Rica
Amérique
 Fils de P. M. S.
 né le
 à
 Et de Helene Carraval
 née le decembre
 à 1901
 Profession : étudiante
 Nationalité : Américaine
 La nationalité actuelle est-elle celle du pays d'origine? (oui ou non) : Oui
 Si non, indiquer : 1° Comment s'est acquise cette nationalité (naturalisation, mariage, etc.) :
 2° A quelle date :
 Situation de famille (marié, célibataire, veuf, divorcé) : Célibataire

Fotografía de pasaporte 1920, con motivo de su viaje a Europa.

"Carmen Lyra es de esos temperamentos que no se conmueven con una catástrofe y se alteran por una lágrima.

"Más emoción debe producir en ella la sonrisa implorante de una harapienta que la puñalada que partió un corazón.

"Y es seguro que una damisela de Tanagra, cuyo modelador vivió hace hartos siglos, tenga para ella más secretos que el imponente Pensador de Rodin.

"Basta ver su cuarto de artista: en una pared un cuadro de Paul Chabas, en la otra un retrato del despeinado Daudet, sobre el tocador un muñequín de porcelana sorprendido indiscretamente en el mismo momento en que con la camisa levantada se dispone a satisfacerse, encima de los libros de Anatole France, las memorias de Renán, las novelas de Flaubert y las de Rene Bazin.

"La charla de Carmen Lyra está impregnada de suave ironía, de una burla amable que acaricia y no se puede precisar, así como no se sabe en qué lugar está el aroma de una noche humedecida por la lluvia. Tiene para las grandezas mezquinas de los hombres una risa que corta, porque, según dice, éstos se le parecen a Palemón el estilista que después de permanecer largos años sobre una columna, meditando en los grandes enigmas del cielo y de la tierra, bajó impulsado por una futilidad a la altura en que se movía el sobrante de los hombres.

"En cierta ocasión una gran figura de las letras nacionales llegó a comunicarle que acababan de nombrarla socia del Ateneo.

"Ella soltó el trazo de la risa y palmoteando como un pillastre con la cara sucia, respondió :

"—¡Qué felicidad! ¡Ya soy de eso! Lo malo es que en casa no va a haber sitio para guardar tanto honor.

"Sin embargo, tras su risa insolente de pillastre vagabundo hecho con barro de alfarería, aletea pausadamente la más espantosa de las tristezas; su alma parece una noche de luna barnizada de claridades, pero en verdad, tenebrosa; mas como es demasiado humana, sufre en las mañanas de sol glorioso porque la vida es corta, y en las tardes glaciales porque no concluye pronto". (Nota 1).

* * *

Ya en su primera serie de relatos (que hasta ahora no han sido recogidos en libro y andan dispersos en revistas y periódicos) puede notarse cómo la escritora va dando cabida en la forma lingüística urbana que ella adopta, al habla campesina, al habla del "concho" de Aquileo Echeverría, consciente recurso de estilo, para que, mediante él, los relatos que van saliendo de su pluma tengan color y sabor típicamente "ticos".

Idealismo, sentimentalismo, punzante humorismo, campean en los relatos *Las Madamas Bovary*; *Por Esas Almas*; *Lo que fue del Pájaro Bulbuzar*, *de la Puente de Oro*, y *del Arbol que Canta*; de *Al Margen del Libro de Job* y en los fragmentos de Diario que forman el pequeño volumen titulado *Las Fantasías de Juan Silvestre*.

Son notables los retratos de *En una Silla de Ruedas*: el de Miguel, el de Candelaria, el de Jacinta, los de las dos niñas: Gracia y Mercedes; con fuertes trazos caricaturescos, los de la tía Concha y el tío José. Estos personajes que despiertan una gran simpatía por sus virtudes y hasta por sus debilidades, están .presentados en la narración como caracteres estáticos.

En cambio son caracteres dinámicos, —en evolución verosímil— a lo largo de la narración, Sergio, el protagonista, condenado desde niño a la silla de ruedas, porque así lo decretó el "destino"; y Ana María, la huérfana "entregada" a un matrimonio sin hijos, que la trata con ausencia de toda caridad cristiana.

El tema del dolor, de la desgracia fatal que forma el meollo patético de las vidas de Sergio y de Ana María, se equilibra al final de la narración con el del amor feliz, generoso, redentor: el desenlace bienaventurado nos alivia la angustia del ánimo y si bien es cierto que hace brotar nuevas lágrimas, son lágrimas de dulce simpatía, de plena satisfacción.

"*En una Silla de Ruedas*, dice don Abelardo Bonilla, es una versión poética y sentimental del costumbrismo, que en este caso es accidental y puramente escenográfico. Es la historia de un joven artista que sufre una parálisis en su niñez y pasa su vida en una silla de ruedas. . .

"El relato abarca más de 20 años de la vida de Sergio, lo que le da una gran extensión y densidad al argumento.

[...]

"La novela adolece de un exceso de sentimentalismo, que se hace más cruel por la maestría de la autora para explotar la emoción. Pero con todos los defectos de una obra de iniciación en el género, creemos que es, entre las anteriores a 1940, la novela más rica en pequeños detalles, especialmente en imágenes y figuras". (Nota 2).

La crítica recibió muy favorablemente la novela inicial de Carmen Lyra. Una muestra es la siguiente, muy valiosa por provenir de don Joaquín García Monge:

"Han principiado ya las Ediciones de la "Librería Tormo", que aplaudimos con entusiasmo. Con un tomito de nuestra Carmen Lyra: *En una Silla de Ruedas*.

"Está referido el cuento con ternura y sencillez. Remata bien, felizmente, como acontece en los cuentos infantiles. Es una maestra compasiva con los humildes la que narra. Ella ha visto sufrir. Ha conocido muchos niños y los pinta con gran acierto y simpatía. Este Sergio es la prueba del Destino. Una madre menos frívola, más religiosa, habría dado gracias a Dios por haberle enviado a este Sergio, que pone a prueba el temple de su alma, que con su invalidez le da ocasiones de ser paciente, de ser buena, de llegar a la santidad por el sacrificio. ¿Qué más quería? Quisiéramos ver a Sergio y estrechar sus manecitas. ¿Hemos visto su retrato alguna vez?

"Tipos raros: Sergio y Ana María, imaginativos y melancólicos. Muy pintoresco: Canducha. Su sabiduría le viene del pueblo.

"Angustiosa la entrevista de la página 89. A cualquier pecador o pecadora, una escena como esa lo llama a arrepentimiento. Es preferible que seamos buenos. Más angustias: el hijo de Ana María. Tragedia, tragedia; da miedo vivir, lo confieso. Esta buena piedad de la escritora le presta a su obra amplitud, horizontes. ..

"Sabe descubrir con simpatía el encanto de las cosas y de los seres humildes. Esta ha sido su característica de escritora. Por eso tiene público devoto.

"Sobria en el habla popular inevitable de los personajes, lo que es una habilidad artística en la autora.

"Exquisita su imaginación del paisaje nativo. Sin par.

"Y para que la obrita sea más artística y perdurable, no le falta ni el símbolo: El vidrio de Ana María y la silla de ruedas. Porque ahí vamos tirando: en silla de ruedas . . ." (Nota 3).

* * *

En *Cuentos de mi Tía Ranchita*, Carmen Lyra recogió 23 relatos de la tradición popular.

Trece de ellos (primero a decimotercero-cuarta edición) proceden de muy diversas fuentes y no presentan, como es lógico, ninguna relación en sus argumentos.

"¿De dónde los escogió la tía Panchita?" —pregunta la autora en el prólogo de su libro—. "¿Qué muerta imaginación nacida en América los entretejió cogiendo briznas de aquí y de allá, robando pajillas de añejos cuentos creados en el Viejo Mundo? Ella les ponía la gracia de su palabra y de su gesto, que se perdió con su vida".

Los otros cuentos se refieren a los sucedidos fabulosos, cómicos, picarescos, de un personaje que es todo un tipo humano, compatriota nuestro, aun cuando se cree que vino de Africa: Tío Conejo.

Joel Chandler Harris en su *Uncle Remus*, recopilación de cuentos tradicionales del sur de los Estados Unidos, consideró y así lo realizó, que esos cuentos debían conservar la forma del habla popular en que el tío Remus, un sencillo negro de las plantaciones, los narraba.

Carmen Lyra hizo casi lo mismo con los cuentos de camino que le oyó contar a la tía Panchita, porque no sólo los redactó "respetando" el habla popular costarricense, sino que aprobó y aprovechó esa habla, con tal originalidad, que logró, mediante ello, expresar fases típicas y permanentes del pueblo costarricense.

Este valor expresivo del habla popular fue perfectamente reconocido y sentido por la escritora, quien así lo declara en el prólogo de su libro *Los Cuentos de mi Tía Panchita*:

"¡Qué sugerencias tan intensas e inefables despertaban en nuestras imaginaciones infantiles, las palabras de sus cuentos, muchas de las cuales fueron fabricadas de un modo incomprensible para la Gramática, y que nada decían a las mentes de personas entradas en años y en estudios!

"Recuerdo el cuento de la *Cucarachita Mandinga*, la *Hormiguita*, de Fernán Caballero, vaciado en molde quizá americano, quizá "tico" solamente, que no nos cansábamos de escuchar.

"¡La Cucarachita Mandinga!

"Jamás podré expresar el picaresco encanto que este adjetivo de "mandinga", puesto con tanta gracia a la par de "La Cucarachita", por labios de quién sabe qué abuela o vieja "china", vaciada en nuestro interior.

"¿Mandinga? Ninguna de las definiciones que sobre esta palabra da el diccionario responde a la que los niños nos dábamos, sin emplear palabras, de aquel calificativo que se agitaba como una traviesa llamita nacarada sobre la cabeza de la coqueta criaturilla".

El carácter tradicional y nacional de estos cuentos, narrados así, en tan peculiar lenguaje, ya lo señalaba Magón, en 1920, de este gráfico modo:

"... Porque yo conocí a su "tía Panchita", que en casa se llamaba "Manuela Jiménez" y en otras casas, allá por 1870, debió llamarse "Sunción" o "Mona" o "Chedes" o "Trinidad" y fui grandísimo compinche de ella y me le arrecostaba con temblorosa ansiedad y temerosa expectación a escucharle sus fantásticos "Cuentos de Camino", con súbitas apariciones y aventuras del Cadejos y la Zegua y la Llorona y el Patas, todos más o menos tarde derrotados y hechos "chuicas" por la flamante espada del "Príncipe Encantador" o por las burdas argucias del "Tonto", que siempre resultaba ser el más "Vivo". (Nota 4).

La importancia y la calidad de los *Cuentos de mi Tía Panchita*, obra tan costarricense como las *Concherías* de Aquileo J. Echeverría, movieron a dos eruditos de nota, el doctor Rodolfo Lenz y el doctor Valeriano Fernández Ferraz, a exaltarlos con toda justicia, como lo hicieron en estos dos juicios.

Dice en una carta el doctor Rodolfo Lenz a don Joaquín García Monge:

"Usted no podrá imaginarse cuánto he gozado al leer los *Cuentos de mi Tía Panchita*. Los he leído, no: "tragado", lápiz en mano, subrayando cada palabra y forma que tiene sabor a tierra y se distingue de lo que yo creo castellano oficial o tiene semejanza, o diferencia interesante, para con nuestro lenguaje huaso y "medio pelo". Aunque usted no sea más que el editor de esos cuentos populares, lo felicito cordialmente, porque, según mi opinión, usted ha hecho una obra patriótica y pedagógica de primer orden. Son verdaderos cuentos populares de la clase legítima, la herencia de épocas pasadas cuya recolección en España es todavía muy escasa.

[...]

"Muchos de los cuentos me recuerdan nuestras colecciones de los cuentos alemanes de Grimm ...

[...]

"No tengo tiempo en el momento, de lo contrario le podría hacer muchas indicaciones sobre cuentos parecidos de las colecciones europeas. Le mando junto con esta carta algunas publicaciones referentes al asunto; en ellas hallará una versión de un cuento de adivinanzas muy parecido a *El Tonto de las Adivinanzas*. (Nota 5).

Por su parte el doctor Fernández Ferraz hizo este comentario:

"Este librito que, a primera vista, parece solamente cosa de niños, o para niños, tiene en realidad, verdadera importancia, de fondo y de forma, para los mayores que sepan leerlo a derechas. Hay que adentrarse en él, cuento por cuento, para comprender ese dialecto popular de Costa Rica, y en boca de animales, mismamente, con sus barbarismos, de apariencia, que, a las veces, sólo resultan arcaicas maneras de decires. Ya veremos de eso y su pedagógico interés.

"Lo primero es a manera de prólogo; se habla de la mentada tía Panchita, su vida y milagros —que tales parecen, efectivamente, sus hechos famosísimos en todo San José, ya grandecito con todo y su Parque Morazán—. Cosas raras tienen estos "ticos": fusilan al hombre, y luego le dan su nombre al parque capitalino más de moda y con Templo de la Música, ya en estos días que conoció dicha señora tía.

"Pero ¡qué mujer en su tiempo! ... Cosa muy seria y castellana me parecen estas ocho páginas, donde se descubren las curiosidades infantiles de Carmen Lyra o lírica.

"*El cuento de Tío Conejo Comerciante*. me parece un mito algo griego . . . Parece ladrón ese tío, pero es buen cristiano, aunque pecador, sabido es, como el clásico Mercurio, de alados tobillos, protegía el comercio y la avaricia y el robo. ¿Por qué tal ocurrencia de los griegos? "Averigüelo Vargas", aunque sea el de La Nación y los terribles editoriales contra el otro editor gacetero . . .

"Hay quien diga que el asendereado ñor Conejo, que bien merece título nobiliario de "señor", mas que sea en abreviatura, mejor que ladrón y comerciante fue abogado, y de consulta de patente, según dicen algunos.

La Cucarachita Mandinga es una "pequeña obra maestra", según me dice un amigo afrancesado, pero muy entendido en cucarachas. Esta del cuento no es cosa en carnes e ilustración, pero se exhibe muy buena mujer-de su casa, buena esposa y recomendable viuda, desde que a Ratón Pérez se lo llevó la trampa. No hay noticia de que volviese a tomar estado la niña Mandinga de Ratón. Pero parece cosa cierta y averiguada, que si se saca el premio gordo de Navidad, encargará a Italia un monumento de mármol negro, digno de todos los insignes Mandingas . . . Don Valeriano le pondrá el epitafio en latín.

"Pero el más filosófico de los tres primeros cuentos es, sin duda ninguna, *Salir con un Domingo Siete*. Ahí puede verse adonde suele llevar la codicia del rico avariento, insaciable y estúpido. El contado perdió sus siete mulas, sin quedarse siquiera, con una albarda para su uso personal, que bien la merecía. Por supuesto que lo mejor es el fin de fiesta . . . La vieja con las "bilis regadas" y "cogiendo cama", es persona digna de consideración, y de risa para las criaturas a quienes se dedican tan ingeniosas historietas educativas.

"Y si para muestra basta un botón, basten esos tres, y de sobra, para comprender lo que son y significan esas relaciones de sucedidos. Despiertan la curiosidad pueril; dan prudencia a los inocentes y hasta pueden divertir a los viejos que ya tiren a volverse niños, y aún a los noventones que leen y escriben todavía horas enteras, sin dolor de cabeza y, a veces, con ganas de dárselo al prójimo que lo merezca. De mí, digo que leeré todos los cuentos de Carmen Lyra, sin dejar de admirar a su "tía Panchita" del Morazán.

"Alguien me cuenta que dijo un maestro de escuela no gustar de estos cuentos porque son ejemplo de mal hablar la "lengua materna". Pero mi buen maestro no parece entender que resulta el mejor ejercicio para comprenderla, su comparación con los idiotismos y explicación filológica. Nada mejor que semejantes ejercicios en los estudios de lengua propia o extraña. Consúltelo el profesor primario, que es el más meritorio de todos, según el Doctor Ferraz, con este mismo señor de muchas lenguas—"muertas e inmortales"—. (Nota 6).

La inclinación realista, presente en los cuentos escritos por Carmen Lyra en su juventud—como lo anotamos antes— se va acentuando cada vez más en su narrativa y, finalmente, en sus composiciones de las últimas décadas (1920-1940); al predominar esa inclinación, todos sus escritos se encuadran dentro de la escuela del realismo y aún, del naturalismo. Relatos realistas son, por ejemplo, *Las Siluetas de la Maternal*, *El Barrio Cothnejo-Fishy*; *Ramona, la Mujer de la Brasa*; y la serie que tituló *Bananos y Hombres*.

El espíritu y la técnica del naturalismo fueron expresamente aceptados por la autora, quien en 1923 escribía: "En este Barrio (el Cothnejo-Fishy) voy a meter todas las debilidades humanas que me salgan al paso, vestidas con ropaje de importancia y honorabilidad. Este barrio será algo así como el retablo de Maese Pedro.

"Como el entomólogo armado de lentes, pinzas, frascos con cianuro y yeso, o con alcohol, etc., se va a cazar insectos y a observarlos y a observarlos, así nosotros vamos al barrio Cothnejo-Fishy a examinar la forma y los hechos, las gentes distinguidas de un centro aristocrático ubicado en Costa Rica, un paisecito de Centroamérica, de medio millón de habitantes y que tiene mucho de Tarascón. Y lo vamos a examinar sin pasión, como el entomólogo podría examinar comejenes, moscas, alacranes, mariposas, avispa, hormigas, cucarachas, arañas, etc., a pesar de la sangre azul que creen corre por sus venas y de la importancia que les puede dar el dinero". (Nota 7).

No parece difícil la explicación de una de las causas, tal vez la principal, del realismo literario en la obra de Carmen Lyra: su personal y apasionada entrega a la compleja tarea de la transformación social, a la marejada revolucionaria.

En este realismo, el sentido *ancilar* de la literatura, como una de las fuerzas que pueden y deben operar a fin de apresurar el cambio social, y así lo concebía nuestra escritora, se aprecia con claridad en las siguientes cartas que copiamos completas, para su mejor entendimiento:

San José, 13 de julio de 1933.

Antonio Zelaya, mi buen amigo, en las épocas malas, sobre todo: por fin ha triunfado en mí el escrúpulo que me asaltara desde el primer número de CARETAS, y que me ha hecho dudar de participar en su dirección.

Se trata de que en realidad yo no tomo parte en la responsabilidad absoluta que la publicación de esta revista implica. Si CARETAS fuera una revista puramente literaria, en donde a lo más qué se llegara fuera a lanzar imprecaciones contra cosas abstractas, con las cuales nadie cree tener nada que ver, como son la Mentira, la Injusticia, la Venalidad, el Robo, etc., yo no tendría por qué sentir lo de la responsabilidad. Pero se trata de una publicación de crítica y ataque directo a los hechos de personas de carne y hueso a quienes la vanidad puede sacar de sus casillas y ponerlas a defender lo que creen un ultraje a su honra, (porque no hay personaje importante que crea que en el camino para alcanzar importancia haya ido dejando perdida su honra). Y a usted es al que le toca hacer frente a las reclamaciones y ataques que surgen de estas vanidades que no se respetan en CARETAS, mientras mi papel de "mujer indefensa" me hace mantenerme lejos de la zona del peligro. Usted viene siendo el de las duras y yo la de las maduras.

Por eso me voy de la dirección de la revista, pero me quedo como colaboradora. No puedo olvidar que usted inventó CARETAS para que yo tuviera un medio de ganarme la vida. Fue después que le dimos el rumbo que tiene. Seguiré ayudándole. (Nota 8).

San José, 14 de julio de 1933. Estimada Carmen:

Comprendo los escrúpulos suyos y voy a satisfacerla en su deseo de que se le cambie el rubro a nuestra revista de: "Dirigen Carmen Lyra y Antonio Zelaya", para poner como usted quiere: "Antonio Zelaya, Director, Carmen Lyra, colaboradora". Así desaparecerán sus temores de que me cobren las travesuras de su pluma, y ya no tendrá usted la inquietud que me manifiesta en su carta y que ya repetidamente ha venido manifestándome.

Eso por lo que concierne a usted y a mí; en cuanto al público, apenas si notará el cambio, pues seguirá gozando de la rica y fina ironía de su colaboración, de sus artículos de crítica directa y valiente.

Consiento, pues, en el cambio, que casi se reduce a un aspecto meramente formal.

Por lo demás sé que cuento decididamente con su apoyo moral en la labor que hemos emprendido juntos, ello es, destruir por la burla, por el sarcasmo, por el ataque directo, los fetichismos, las cobardías, las simulaciones, los absurdos, que privan en nuestra política y que se encarnan en las personas de políticos y funcionarios públicos. Así le pido que no tema comprometerme al escribir sus escritos, cualesquiera que sean las consecuencias que puedan traer, pues al llegar a mis manos dejan de ser suyos para convertirse en míos y así, gustoso responderé por ellos con mayor energía y decisión.

Afectísimo:

ANTONIO ZELAYA. (Nota 9).

* * *

Carmen Lyra escribió para los niños.

Compuso atractivas páginas de textos de lectura para la escuela primaria. En ellas, lo adoctrinador, lo instructivo, lo pedagógico, se aligera, tocado por la gracia de su mente creadora, de su arte de contadora de cuentos. Y es que en Carmen Lyra, como en el Martí de *La Edad de Oro*, para la exposición artística del insípido tema escolar, se contaba con que "había mago en casa".

Uno de los mejores resultados de la cátedra de literatura infantil que desempeñó en la Escuela Normal de Costa Rica, fueron sus obras de teatro para niños: *Ponerle el Cascabel al Gato*, *La Cigarra y la Hormiga*, *Caperucita Roja*, *Zarzuela* con música del maestro Julio Fonseca, y *Ensueños de Navidad*.

Una ojeada a la historia de la literatura para niños, escrita por literatos costarricenses, mostrará que Carmen Lyra fue la introductora y la creadora, en nuestro país, del teatro destinado al público infantil.

Completan su obra teatral dos obritas, no escritas para niños, (que se han perdido): *La Niña Sol* y *Había Una Vez*.

Entusiasmadas por dar a los niños literatura a su alcance, literatura de valor permanente, siguiendo en esto el ejemplo de Martí, Lilia González, educadora eminente y Carmen Lyra, publicaron la primera revista con orientación moderna ofrecida a nuestros escolares: *San Selerín*. (Nota 10).

San Selerín, excelente. Pronto llegó a ser famoso en el mundo escolar del país. En su orientación y en su realización palpita, vivo, el espíritu de la escritora que en las pequeñas páginas evangélicas supo contar a los niños costarricenses muchas cosas de verdad o de maravilla, de utilidad o de entretenimiento.

* * *

Carmen Lyra vivió para el pueblo: como ciudadana, como maestra, como escritora.

Del pueblo recogió los cuentos tradicionales y con ellos el lenguaje que los singulariza y las modalidades del alma popular expresada en ese lenguaje vivo.

Sus narraciones, novela, cuentos, cuadros de costumbre, tienen su raíz en nuestro pueblo y siendo, en mucho, denuncia y protesta, y política, también son representaciones del costarricense en su dimensión universal y, ¡cómo no!, de la misma escritora en sus aspiraciones y más íntimos impulsos; de ella, que fue siempre tan tierra de nuestra tierra.

PRIMEROS RELATOS

LA COPLA

(De: *"Las Fantasías de Juan Silvestre"*).

Esta noche, mientras trabajaba, escuché la letra de una copla bella y delicada., La cantaba uno de los obreros de la zapatería de la esquina y llegaba hasta mi oído enredada entre los acordes de una guitarra. Era una copla encantadora e ingenua y se posó sobre mi corazón con la gracia con que lo hace un pájaro en una rama.

Cuando calló la voz, pensé en la poesía exquisita que tienen casi siempre estas coplas populares, y en los corazones humildes u orgullosos pero sin vanidad en que florecieron, porque pasó el Amor, porque pasó el Dolor, o porque pasó la Alegría.

Y después el recuerdo, de la copla me ha hecho pensar en las obras de Arte anónimas que son en nuestro mundo. Ella es quien me pone a escribir estas líneas.

Una de las vanidades más justas y más excusables en el hombre, es sin duda ésta de poner su nombre al pie de una labor de arte. No me refiero a los que lo escriben con el pensamiento antes de haberla emprendido o terminado, no, que esta vanidad es antipática. Esta a la cual me refiero, tiene un gesto humilde al tenderlo a los pies de la obra, una vez dado el último toque.

En este momento, el nombre del artista en un objeto bello, me parece la cavidad de esos preciosos vasos antiguos que se guardan en los museos, cavidad que hace luengos tiempos estuvo llena de vino generoso y en donde hoy tan sólo moran el aire y unos granos de polvo.

¿Quiénes fueron los más sabios? ¿Los que trazaron en su ejecución el nombre con que se distinguieron entre los hombres y que es ligero vallado tras el cual la Vida asoma sus racimos, a los que la dejaron anónima para que la Vida mostrara su dominio sin enrejado alguno?

¡A veces pongo mi pensamiento a vagar por el mundo de riquezas artísticas cuyo autor se ignora o se duda, que pueblan nuestro planeta: los frescos o cuadros que ornan tantas capillas y palacios; las estatuas, vasos y arquitecturas desenterrados, los vidrios iluminados de los ventanales góticos; los tapices, joyas, miniaturas, grabados; las músicas, trovas, coplas que fueron concebidas en el interior de alguien que sintió intensamente la armonía del mundo!

Me parece ver, a través de los tiempos, las sombras de aquellos pintores, encaramadas en los andamios, pintando sus vírgenes o sus ninfas, o ante el lienzo, pensativas, con los pinceles en la mano; las de los escultores que animan el mármol; veo los pacientes miniaturistas del siglo XIII imitar a la naturaleza que refleja un paisaje en una gota de rocío; allí están los artífices de la arcilla inclinados modelando la curva esbelta de una ánfora o la cadera armoniosa de una mujer.

¿Qué cubre el anónimo que se tiende sobre tantas obras admirables?

¿Por ventura el desdén de los contemporáneos del artista, o un sentimiento de infinita humildad del artista mismo? ¿Acaso encontrara su hechura inferior a la idea que se agitaba en su interior? ¿Fue el tiempo indiferente quien pasó su mano sobre los nombres?

En una ocasión una amiga habló así mientras contemplábamos el cielo estrellado, al oírme expresar el deseo de saber el nombre de algunas estrellas: "¿Crees tú les añade encanto el saber su nombre? Que se llamen Aldebarán o Sirio, ¿qué le importa eso a la sensación de placer que me producen? Déjame pensar infantilmente si quieres, que son agujeros que algún angelillo travieso hizo en ese manto que llamamos cielo, por los cuales se filtran los destellos del paraíso".

Y esta respuesta me viene a la memoria cada vez que recuerdo el nombre de Fidias, de Homero, de Leonardo o de cualquier cantor de la Belleza.

La copla cantada por mi vecino el zapatero, me hace también pensar en esos oscuros ayudantes de un pensamiento grandioso. ¿Esos que secundaron a los escultores y arquitectos antiguos y tallaron sin pensar en ellos mismos, columnas labraron primorosamente las hojas de acanto de los capiteles? ¿Y aquellos otros que en los grandiosos templos que el misticismo de la Edad Media levantara, pusieron su corazón amante y devoto la mano que bordaba en la piedra sus fantasías ingenuas, dejando en los muros, en los rosetones, en las ojivas, en los arcos, su labor humilde, silenciosa y bella como la del musgo?



Carmen Lyra en compañía de unas niñas de su Escuela.

MAMA CANDUCHA

(De: *"En Una Silla de Ruedas"*).

Candelaria era una anciana india de origen guanacasteco, con la piel color de teja, casi negra, de facciones rudas, que guardaba un corazón en el que Dios había puesto todas sus complacencias. Miguel se decía que Candelaria era como los cocos que envuelven su pulpa blanca, azucarada y suave, en una cascara dura y de color terroso.

De joven sirvió en casa de los padres de Jacinta; después se casó y tuvo hijos, pero éstos y el marido murieron. Cuando se casó la hiña Cinta a quien viera nacer, se fue con ella y le ayudó a criar sus hijos.

Servía con fidelidad y desinterés. Candelaria era una de esas criaturas que sirven sin rebajarse: su obediencia era aquella que ennoblece a quien la practica. Donde llegaba se hacía luego indispensable: se imponía enseguida, inconsciente y sin hacerlo sentir, dulcemente, porque su corazón estaba casi siempre más alto que el de sus amos. Lo que tocaban sus dedos oscuros y nudosos quedaba en orden y rodeado de una aureola de limpieza. Su lengua tosca tenía siempre la palabra que se necesitaba: en la alegría, sabía echar ramilletes de chispas inofensivas como las de la piedra de afilar cuando trabaja; en la ira; era un cántaro de agua que apagaba las llamas; en el dolor, la gota de aceite que calma.

Era una existencia humildosa y noble que hacía evocar el verso del poeta inglés: "Sus pasos hollaron la pradera y dejaron en pos de sí las rosadas margaritas". Si a Candelaria le hubieseis dicho esto, quizá no os hubiese comprendido: ¡sus pies desnudos, morenos, de planta endurecida, dejando huellas sobre las que nacían flores! ¡Vaya, vaya y qué modo de hablar! Para los niños era algo tan indispensable como su madre. La llamaban mama Canducha. Ella los quería a todos, pero su devoción por Sergio era casi fanatismo. Cuando murieron sus hijos y su marido, su amor quedó flotando como una hebra de miel en el espacio; un día encontróse con esta vida triste y delicada y allí se prendió y tejió en su torno un capullo de ternura.

Era ella quien acostaba y levantaba al niño; le preparaba sus alimentos y le arreglaba su lopa. Enternece verla acomodando la gaveta de Sergio: doblaba con primor las camisas, los pañuelos, los cuellos y entre cada pieza metía hebras de raíz de violeta para que olie-sen bien.

Jamás se borró de la memoria de Sergio la sensación de bienestar que lo invadía cuando al anochecer lo cogía mama Canducha entre sus brazos y lo llevaba a un rincón de la sala. Allí se sentaba en una poltrona, lo arrullaba y le narraba cuentos. Y los regazos de la anciana le parecían más mullidos que los almohadones de su silla: tenían una suavidad animada y cariñosa de la que carecía el terciopelo de aquellos.

Gracia y Merceditas sentábanse a los pies de ella, en los pequeños taburetes de asiento de cuero que les hiciera Miguel. Entonces les relataba los cuentos de *El Tonto y el Vivo*, de *La Cucarachita Mandinga*, y las aventuras de Tío Conejo, Tía Zorra, y Tío Coyote, y jugaban la Pisi pisi gaña y al Pisote. Y cuando la cabeza de Sergio se abatía sobre su seno y las de las niñas sobre sus regazos, entonaba canciones ingenuas al son de las cuales dormitaban los niños:

¡Ay! ¡Quién fuera perro negro,
negro como el sapoyol,
pa meterme en tu cocina
y robarte el nistayol!

Y luego:

La Virgen lavaba,
San José tendía,
el Niño lloraba,
Joaquín lo mecía.

Los niños tejían ensueños con estos versos mientras dormitaban.

UNAS MANOS QUE NO DESEABAN SER BLANCAS

A Omar Dengo.

—¡No me salgas con eso, por vida tuyita!, ¡el Señor le dé a uno paciencia con tus cosas, Sebastián!
¿Pero, te habías imaginado que nos hemos encontrado la plata en la calle para tirarla así? ¿De dónde sacas esos testos? Parece que estuvieras vagamundo.

El torrente de palabras seguía brotando impetuoso de la boca de la robusta campesina que gesticulaba con grandes ademanes, llenando la cocina con su vozarrón de soldadote.

—¡Ave María! ¿Quién cree? ¡Preferir andar con bueyes a ser sacerdote que es un oficio tan decente ...!

Sólo en tu cabeza cabe ... Pero el discurso se cortó por uno de aquellos accesos de tos que hacían temblar con un temblor gelatinoso el gran vientre y el seno de la enorme labradora.

Bien lo había imaginado Sebastián al regresar esa mañana a su casa, que así recibiría la madre su proposición. Sin embargo se había decidido, porque no podía más con la tristeza que le causaba el pensar que pronto tendría que abandonar el campo. Desde que recordó que las vacaciones tocaban a su fin, el corazón se le acurrucó en el pecho y allí estaba noche y día lamentándose: "¡ay!, Sebastián, ¡hay que volver al Seminario!". "Quedémonos, Sebastián, tú nunca podrás con los latines y las ciencias". Cada año pasaba lo mismo pero éste era como nunca. Tener que cambiar su bosque, los potreros, el río, el ganado, por el Seminario con sus grandes salones sombríos, sus corredores sonoros y tristes, su capilla misteriosa en la que el olor del incienso, de la cera y de las flores se confundía, y con las figuras discretas de los sacerdotes y de los legos deslizándose sin ruido, semejantes a grandes pájaros negros.

Sebastián no quería pensar en esa vida. Las aves del bosque metidas en jaulas, debían sentir lo que él, al verse encerrado entre las paredes grises del Seminario.

Hacía una semana que venía hilvanando las frases que dirigiría a su madre, retocándolas y adornándolas cada vez que las repasaba, para disminuir el mal efecto que le causarían. Se arriesgó al fin, aunque bastante le quiso significar su padre con la mirada de terror que le echara esa mañana, al oír la resolución del muchacho. —¿Que no querés volver al Seminario? Allá con tu mama, Sebastián. En eso no quiero ser complis.

Sebastián suspiró y miró con lástima la tímida figura de su padre que no era nada en su casa, como no eran nada ni él ni nadie porque todo lo llenaba la madre con su despotismo y su humanidad. Bien sabía él, que era lo peor que se le podría ocurrir, pero no podía su naturaleza sencilla medir hasta qué profundidades de la espesa mollera había llegado la disposición esa, ni con qué sentimientos de envidia y vanidad de campesina imbécil andaba enredada. Tampoco sabía qué constituía el tema de sus fantasías mientras trajinaba y guisaba en la cocina y de sus ensueños mientras dormía.

Un día que alababan delante de ella los adelantos que hacía en el Seminario un chiquillo que había sido compañero de Sebastián en la escuela del pueblo, se le ocurrió que su hijo podría ir también.

Para eso tenían con qué. Más tarde, sus conversaciones con los sacerdotes cuando iba a arreglar algún asunto de su hijo, le sugirieron la idea de que éste tomara esa carrera. ¿Que había que gastar mucho? No importaba: ¿no era el único hijo hombre? Y ahora cada día se alegraba más de su disposición.

—¿Qué se estarían figurando esos pobretes de los Morúas? Ella los cargaba en la espalda, sobre todo a María Jesusa, la cuñada del padre Benito Morúa, que creía que el mundo era de ella desde que el padre Benito viniera de cura al pueblo. La hubieras visto, Tiano —decía a su hijo en una ocasión— desde ocho días antes de la Virgen, rajando con cuantos podía: que vendrán el padre Mariano y el padre Alfaro, que predicará fray Angel, que tal vez vendrán su Ilustrísima y el Presidente, y gallinas por aquí y chompipes por allá; que ella no daba ya porque era la de todo; que a ella le tocaba repicar y andar la procesión.

—¡Uf! ¡Qué mujer la tal María Jesusa! Sí, tenía que bendecir su ocurrencia de meter a Sebastián al Seminario. ¡Qué iba a pensar su cabeza de mujer ignorante y grosera en la vocación del muchacho! Sus ojos no podían ver que las miradas de su hijo se iban tras todo lo que se relacionaba con las faenas del campo, ni sabían admirar la gallardía que había en su figura cada vez que empuñaba el arado o levantaba la mano para dejar caer el grano en el surco recién abierto. ¡Ya verían las Morúas y María Jesusa! Y fantaseaba sobre el día de la Virgen de las Piedades, la patrona del pueblo, en que fuera ella y no María Jesusa la que aguardara al padre Fulano y al padre Zutanito y a su Ilustrísima y al Presidente . . . ¡Cuánto señorón, Dios mío, desfilaba por aquella imaginación de estúpida soñadora! ¡Y ella esperaba la comitiva en la puerta, vestida con una falda de buen merino verde con vueltas de raso rosado —otro de sus sueños—, con un delantal bien blanco, bien engomado y bien aplanchado! ¡Qué atareada estaría! ¡Entonces sería ella y no María Jesusa, la que tendría que repicar y andar la procesión!

Y Sebastián tuvo que marchar año tras año al Seminario al cual dejaría de ir cuando tuviese la cabeza tonsurada y pudiese cantar ante el facistol, epístolas y evangelios, cubierto de sobrepellices deslumbrantes.

Pero la murria de este año era más dolorosa que las anteriores. ¡Quién sabe qué coqueterías de mujer amante emplearía el campo con el mozo! Lo cierto es que se sentía adherido a él, y querer dejarlo era abandonar lo mejor, lo más noble de su ser.

Por fin habló: Quisiera no volver al Seminario y quedarme aquí ayudándoles. ¡Yo soy muy rudo para el estudio! ¡Ya el viejo está muy cansado y ... aquí no hay más hombre que yo!...

El discurso con sus figuras y floreos se quedó a medio palo, se evaporó al contacto de la mirada de fuego que le dirigió la madre. Su timidez y poquedad de espíritu saltaron sobre la poca energía que había reunido. ¿Qué iba a hacer él contra aquel torrente de palabras y ademanes iracundos? Y con el mismo gesto de víctima que acostumbraba el padre, inclinó la cabeza.

Sebastián era un mozo de unos 18 años, pero desarrollado con esa precocidad con que lo hacen los campesinos sanos: su figura fuerte, alta, dominada por un rostro rosadote y dorado por los soles que había soportado en las vacaciones, era casi hermoso. Los pantalones recogidos hasta la rodilla y las mangas de la camisa levantadas, dejaban admirar los músculos de acero de las piernas y aquellos bíceps de piedra, sus ratones, de los que él estaba tan orgulloso. Pero toda la vida llena de fuerza y de salud que brotaba por cada poro, desaparecía al llegar a los ojos de un azul desteñido a los cuales asomaba el alma pusilánime que heredara del padre. Era casi ridículo si no lastimoso ver semejante proyecto de Hércules con su juego de magníficos músculos, mirar temeroso hacia el suelo, mientras el corazón brincaba dentro de su pecho amplio, lo mismo que un ternero asustado.

—¿Para qué dijo nada? Mejor haberse guardado semejante testo como decía su madre. ¡Y de ribete que había olvidado que la despótica señora no había amanecido de buen humor!

—Bueno, mamita, no se enoje, era un decir no más, murmuró contemplando con dolor sus patatas llenas de tierra que bien pronto habría de encerrar dentro de los gruesos zapatos que constituían su mayor tormento y la diversión favorita de los compañeros de dormitorio allá en el Seminario. ¡Oh! las guabas de Sebastián eran célebres entre aquellos traviesos muchachos.

Por la puerta abierta de la cocina entraba la espléndida luz de la mañana. La mirada apagada de sus ojos se perdió en la inmensidad del paisaje enmarcado en el hueco de la puerta: perspectivas de montañas azulinas, potreros medio secos, los plantíos verde claro de los cañales y casitas sembradas aquí y allá, con columnas de humo que se elevaban hacia el cielo. Aspiraba ávidamente, con las alas de la nariz temblorosas los olores que venían del campo; el perfume del lugar sagrado del bosque, el sabroso del heno seco; el olor del café que se secaba en el patio, el acre del estiércol que llegaba del corral y el perfume exquisito de la flor de dama que escarchaba los árboles.

¡Ay! que esos paisajes y esos olores tendría que dejarlos, pensó con pesadumbre, y el corazón se le fue por entre los potreros y a través del bosque que amaba tanto.

No pudo contener el hondo suspiro que hizo huir asustadas a las gallinas que andaban picoteándole en los pies los insectillos que se les habían adherido al pasar por el breñal.

Ocho días después en una fresca mañanita de marzo, Sebastián, al trote de su mansa cabalgadura, caminaba en dirección a la ciudad. Llevaba un nudo en la garganta y el corazón hecho un puño. En una encrucijada encontró al primo Tomás que iba con su carreta al bosque a traer leña.

—¿Te vas ya Sebastián? —Sí, hombre. Adiós. Y su voz era temblorosa como agua que corre.

—Que Dios te lleve con bien —dijo con acento cariñoso Tomás.

Sebastián no avanzó. Se detuvo en la boca de la encrucijada hasta que no percibió el traqueteo de la carreta. Sus ojillos azulosos estaban llenos de lágrimas.

En su interior había la visión del bosque que él había explorado en todos sus escondrijos, y profundidades, tan bello y tan misterioso, con sus árboles enormes, llenos de murmullos, sus lianas fantásticas y las umbrías frescas. ¡Ah!, ¡el bosque!, con aquellos sus ruidos tan de él; el sugestivo golpe del hacha al caer sobre un tronco, el quejido de alguna rama desgajada, la música profunda del viento entre el follaje y de cuando en cuando la flauta de los jilgueros o el canto lastimero de las palomitas moradas que llenaban la espesura de melancolía.

Sebastián continuó su marcha.

Las casas no iban ya en procesión una detrás de otra: había largos espacios sin ellas. Parecía que se iban quedando rezagadas. En casi todas las casas, las cercas de piedra o los troncos de poro estaban adornados con macizos de guarías florecidas y sus flores casi moradas, hacían pensar en las alegrías tranquilas de los humildes hogares que adornaban.

Los ojos de Sebastián, paseaban ansiosos por uno y otro lado del camino, como si quisiesen beberse los paisajes que le salían al paso.

Cuando llegó a la última casa, se volvió: en el fondo del valle quedaba el pueblecito con las casas encaladas de azul y blanco. El pequeño templo se elevaba sobre las demás construcciones y a la imaginación romántica de Sebastián, le pareció la torrecilla blanca, un brazo cariñoso que se levantaba diciéndole adiós. Las campanas llamaban a misa y sus repiques volaban a través del aire puro de la mañana azul. Adiós, adiós, adiós, creía que le decían mientras se alejaban cual bandadas de pájaros alborozados sobre la quietud de los campos. Los potreros se extendían a los lados del camino, secos, y adormecidos. Entre la hierba se sentían zumbidos de insectos y entre el encaje de las ramas, los pájaros cantaban. Y allí estaba la última vuelta del río que dejaba ya el camino para tomar otro rumbo.

Sebastián se sentía más abandonado; hasta allí le pareció que iba acompañado de un viejo amigo y el murmullo de sus aguas era para su corazón como palabras cariñosas que calmaban su tristeza. Ya no vería por mucho tiempo su corriente cristalina y pura.

De todas las cosas sentía que se desprendía un vaho de tristeza y desaliento infinitos. Volvió la cabeza por última vez. De las ramas de un grupo de árboles que impedían la vista del caserío, pendían negros y feos, unos nidos de oropéndolas.

Se pensaba al verlos en lágrimas que caían lentamente.

Otra vez la vida del Seminario con aquellos latines, gramáticas y ciencias que tanto trabajo costara a Sebastián hacer entrar en su cabeza. Otra vez los despertares a campanazos, en el gran salón, con la monotonía de sus lechos de hierro pintados de negro y con cobertores rojos, y alumbrado por la luz cenicienta del amanecer de las ciudades. Nada de montañas, nada de potreros ni de árboles. Todo se reducía a perspectivas de paredes de piedra o de ladrillo, adornadas algunas con mascarones y follajes de yeso, mares de tejados negruzcos o de zinc. Una que otra matuja creciendo en los intersticios y el surtidor que en el centro del vasto patio enlosado, elevaba hacia el cielo el ramillete de cristal de su agua cantadora, eran las únicas notas frescas que acariciaban los ojos en aquel recinto. Cuando comenzaban las lluvias y los yigüirros llenaban de armonías los solares vecinos, llegaba para Sebastián una época de verdadero suplicio: el olor sabroso de la tierra recién mojada, lo hacía sentir una nostalgia profunda, un deseo doloroso de volar a sus campos y en ellos embriagarse con aquel olor de vida. Recostado en una columna, miraba con ojos vagos los juegos de sus compañeros. ¿De veras estaban alegres? ¿De veras tenían deseos de correr y de gritar? Lo creía imposible porque lo que era a él se le habían escapado la fuerza y la alegría al atravesar el sombrío umbral del Colegio. Se sentía como un nido vacío.

¡Y decir los ensueños en que lo sumían las bisagras herrumbradas de la puerta de uno de los salones de clase, al abrirse o cerrarse! Producían un sonido dulce, metálico, ¡tan parecido al canto de los jilgueros en la montaña!

El profesor daba la lección de latín. ¡Aquella horrible declinación que hacía sudar a Sebastián! Terrae, terrarum, terris, repetía por centésima vez sin lograr pasar de allí.

En todo el recinto reinaba una gran tranquilidad y el silencio era interrumpido de vez en cuando, ya por la voz grave de un profesor, o la fresca de un muchacho, ya por el paso discreto de un fraile con su ruido de sotana o por la algarabía que a ratos formaban los come-maíces en el tejado. El rumor del surtidor había acabado por confundirse con el silencio.

El pobre Sebastián con la cara entre las manos y los ojos terriblemente fijos en el profesor trataba de seguir la odiosa declinación.

Desgraciadamente un compañero dio un golpe en un diapasón y aún. le quedó vibrando, quejumbroso y lánguido en medio del silencio.

¿No es esa la nota en la que se quejan las palomitas yurés en el bosque? —pensó Sebastián—. Y ya no pudo detener su imaginación que salió volando por la ventana hacia la amada tierra. Ya no hubo para- él más declinación, sino un desfile de cuadros: el bosque misterioso y fresco, el golpe lejano de una hacha en algún árbol y el quejido de las palomas moradas, tan triste y tan dulce. Después pensó:

¿De qué tamaño estará ya el maíz que dejé sembrado? Y sus ojos tuvieron ante ellos el inmenso cuadro de su maizal en el que cada mata tenía el aspecto de un jovencillo de quince años. Hasta le pareció ver cómo el viento abría surcos en aquel mar de un verde claro, y oír el rumor de sedas que dejaba al acariciar las largas hojas. El maizal se desvaneció . . .

—¿Tendrían ya cría "la siete", "la chumeca" y "Mariquilla"? Seguro, porque les tocaba por este tiempo. Y ojalá fuesen terneras... Pronto le escribiría a Tomás para que le contara.

Ahora ocupaban el lienzo de su imaginación las grandes y noblotas cabezas de las vacas, que lo miraban con sus ojazos húmedos y tiernos: la una con un siete blanco muy bien dibujado en medio de la frente; la otra negra y sin cuernos y la "Mariquilla" la alazana, inquieta y juguetona.

También pasaron su yegua melada, su potro negro y por fin sus adorados bueyes. En ellos recreó largo tiempo su pensamiento.

¡Cuánto los quería! Sí, los quería tanto que muchas veces en sus épocas de vacaciones, cuando hacía largas jornadas con ellos, olvidaba su fatiga y su hambre, por calmar la de sus buenos animales. Primero ellos que yo —se decía en tales casos—. En aquel momento debían estar bajo el roble del potrero, rumia que rumia.

¡Ah! ¡El potrero! desde el cual se veía la casita de Cecilia, en una loma. ¡Cecilia! Y una carilla dulce y linda, con ojos verdes que parecían flores de chicoria encerradas entre la franja de pestañas negras, le sonreía en medio de las bandas de cabellos oscuros, recogidos en dos trenzas que le caían por la espalda. ¡Cecilia! Pero . . . ¡qué tonto era!

—Es con usted el plural —dijo la voz gangosa del profesor, luego que un codazo de un compañero hizo a Sebastián volver de sus ensueños.

¡Ah! ¡Qué lejos estaba! Y con acento tembloroso y lleno de duda comenzó a recitar: terra, terrarum, terris ...

Hay lecheras dichasas cuyo cántaro no se quiebra.

La madre de Sebastián era una de éstas. Sus ensueños se cumplían. He aquí que gracias a la intervención de sus monedas de oro, el padre Benito se había ido a otro curato y el padre Sebastián vino a reemplazarlo. La vigorosa figura del muchacho se había suavizado al contacto de las manos del estudio y de la oración. El rostro y las manos que el sol antaño curtiera y dorara, se habían tornado blancos y pálidos. Era una figura triste: se sentía pena al verlo recorrer las calles del pueblo, encorvado y envuelto en su sotana negra. Ahora su cabeza estaba tonsurada y sus grandes manos eran blancas, sedeñas y olían a incienso.

Su primera misa en el pueblo fue un acontecimiento.

¡Pobres Morúas! ¡Pobre María Jesusa! Hecha un brazo de mar, vestida con la falda de buen merino verde con adornos de raso y envuelta en un gran pañolón negro, bordado en colores, la madre de Sebastián estaba arrodillada en su banco, dejando caer sobre todo el mundo miradas de triunfo. A su lado desaparecían las tímidas figuras de sus dos hijas y la de su esposo.

—¿No veis allí a mi hijo —parecía decir— que canta la misa, haciendo de preste, con un diácono y un subdiácono a los lados? Quién sabe qué ideas de grandeza le sugería la vista de su hijo entre los dos sacerdotes.

En cuanto a Sebastián, muy lejos estaba de sentirse contento. Cuando se acercó al altar y su voz cantó el introito, experimentó un profundo desaliento. ¡Qué inútil le pareció su vida, al sentirse haciendo todos aquellos ademanes y genuflexiones litúrgicas! Dios se lo perdonara, pero ¡cuántos deseos tenía de morir! Durante la ceremonia, mientras estuvo sentado, no pudo impedir a sus ojos que miraban a través de la gran ventana que se abría en la pared del ábside, el cielo azul por el que volaban pequeñas nubes blancas. Esta visión llevó su pensamiento fuera del templo. Su vida futura se presentó ante él, así, olorosa a incienso, llena de aquellos ademanes solemnes, a los cuales aún no se acostumbraban sus manos torpes que tanto amaban el arado, y de aquellos cantos graves. Mientras el armonium inundaba el recinto con su música sagrada y triste, recordó que esa mañana, muy temprano, había ido a pasear solo al campo. El olor que se siente por las mañanas entre las arboledas, lo embriagaba, le llenaba el corazón de un sentimiento indefinible. Anduvo a la ventura, a través del bosque y de los terrenos ya listos para la siembra. Encontró a los Quesadas que habían madrugado, acabando de arreglar su campo.

¡Cuánto le conmovió el cuadro que viera! La fuerte figura del viejo ñor Quesada, se destacaba majestuosa sobre el fondo luminoso del cielo. Se había apoyado en su azada, y con el viejo sombrero de paja en la mano y la cabeza inclinada, se puso a orar. La brisa jugueteaba con su gran barba y con su larga cabellera plateadas. Al verlo así, Sebastián pensó en un añoso tronco del bosque que se levantaba coronado de césped, el cual amanecía muchas veces lleno de escarcha. En más de una ocasión se extasió contemplando cómo jugaba el viento con las largas y suaves guedejas de aquel césped blanqueado por la escarcha. Al lado del viejo, Melis y Juan, sus hijos robustos y hermosos, oraron también quitándose sus sombreros, con las frentes inclinadas hacia la buena tierra cuyo seno iban a abrir, pero del cual no brotaría más que amor. Junto a ellos, los bueyes inmóviles, miraban el campo con sus ojos inocentes. Un pajarillo atrevido que venía desgranando a través del aire de la mañana bella sus gorjeos de cristal, se había posado un momento sobre el cuerno de un buey y luego emprendió su vuelo, sin cerrar el pico. Tan pronto como terminaron la oración, dieron principio a la labor: el anciano guiaba la yunta, Melis seguía el arado y detrás, Juan, casi un chiquillo, levantaba la mano y dejaba caer el grano. Los jilgueros cantaban en el bosque cercano y las piapías pasaban alborotadoras, rasgando el velo de paz que caía del cielo sobre el campo.

¡Ay! El recuerdo de ese cuadro llenaba de dolor su corazón. ¡Cuan repleto de amor y de vida le parecía el ademán de Juan al dejar caer el grano y cuan inútiles los suyos al lado del altar! ¡Y Juan era un niño y él un hombre! Otras manos sembrarían sus tierras que él amaba con toda su alma. Con pena contempló sus manos blancas, sedeñas. ¡Oh!, ¡sus manos que "podían como las de Melis Quesada, estar empuñando el arado y ser también callosas y ásperas!

Sus ojos tropezaron con la mirada triunfante de su madre y algo parecido al odio pasó por su corazón. Pero alarmado inclinó la cabeza y oró . . ., y en sus ojillos azules tembló una lágrima.

El padre Sebastián se paseaba por el corredor que había a la entrada de la casa cural. Llevaba su cuerpo joven inclinado hacia la tierra. ¡Pobre Sebastián! Las alas de la alegría habían volado de su espalda desde hacía varios años, y el desaliento con su carga de plomo era quien pesaba ahora sobre ella. La sotana negra le hacía parecerse a un lúgubre pájaro negro.

Al frente quedaba la casa de Tomás. En la tranquera, la esposa lo aguardaba. Había sido compañera de infancia de Sebastián. Era joven, hermosa, y la salud brotaba hecha rosas por sus mejillas; su vientre muy desarrollado hizo a Sebastián pensar dulcemente que dentro de él se agitaba una nueva vida.

Tomás volvía por el camino con su carreta, dentro de la cual brincaba y gritaba un grupo de niños de diferentes edades, rubios, y sonrosados: eran los hijos que habían ido por el padre al campo. Aquel cuadro llenó de tristeza el alma de Sebastián. ¿Por qué? ¡Vamos! ¡Qué tonto era!

Por el lado opuesto, Cecilia, la cuñada de Tomás, caminaba cimbreando su busto gallardo de campesina sana. Su cuerpo se destacaba sobre el lienzo luminoso del poniente, con la tinaja en la cabeza, llena de gracia y armonía. Se pensaba viéndola en la dulce figura de la Raquel bíblica. ¡Ah!, Cecilia, la suave doncella que a menudo había sonreído entre los sueños del Sebastián adolescente. ¿Podía olvidar sus inocentes fantasías con la casta niña que siempre aparecía en ellas, sonriéndole con sus ojos verdes que hacían pensar en las florecillas de chicoria que adornan los potreros, y tan encantadora con sus trenzas oscuras cayendo melancólicamente por la espalda?

—¡Oh!, ¡pero sus sueños y sus fantasías! ¿A qué pensar en ellos si huyeron al verlo con aquellos ademanes hieráticos y sus manos suaves olorosas a incienso?

—Buenas tardes, Sebastián.

—Buenas te las dé Dios, Tomás. ¿Dónde vas con esa carretada de flores? ¡Qué triste era su voz!

La madre de Sebastián, pesada, cada día más cargada de carne, salió sonriendo con su sonrisa imbécil y él sintió que la odiaba como el día de su primera misa. Pero como aquel día, su alma débil sintió temor e inclinando la cabeza oró con lágrimas en los ojos.

EPOCA REALISTA

RAMONA, LA MUJER DE LA BRASA

"Comprendéis, comprendéis, señor, lo que significan estas palabras: "no tener ya adonde ir". ¡No! Todavía no "comprendéis ésto . . .

F. DOSTOIEWSKY.

Se llamaba Ramona como se llaman muchas de esas mujeres del pueblo que uno se encuentra a menudo en el camino atareadas y humildes en el cumplimiento del deber cotidiano; el cabello lacio recogido de cualquier modo, aprisa porque coge tarde, calzadas sin coquetería por cubrirse los pies no más, con unos zapatos torcidos, la punta vuelta hacia arriba como en demanda de resignación a Dios. ¡Ramona, nombre bueno para un pedrón de la calle! A las madres del pueblo no les queda tiempo de leer novelas ni de ser románticas, y dan a sus hijos el nombre del santo del día en que nacen y rara vez ponen el magín a decidir entre Juana y Julieta o una Roxana; un Marco Tulio o un Rolando. Su filosofía natural y recóndita les aconseja llamarlos con los nombres casi siempre duros, candidos o bobalicones de los mártires aguantadores de vainas que llenan el calendario. Lo más probable es que lleven una existencia semejante a la de esos bienaventurados, si bien nadie los canonizará, aunque al desenterrarlos encuentren que la muerte respetó más su cuerpo que lo que lo respetó la vida, y jamás su imagen rodeada de aureola aparecerá en altar alguno.

Pues bien, esa criatura se llamaba Ramona y era una de las tantas sombras heroicas que pasan por la vida soportando en silencio el peso de la Santa Pobreza, esa vieja doncella enjuta e hipócrita con huesos y manto de plomo, que no se sabe cómo pudo hallar gracia ante los ojos de San Francisco de Asís.

Llevaba ya quince años de casada y diez partos, lo cual la había convertido en un ser desvalido y escurrido. La maternidad se había encargado de exprimir de su cuerpo el encanto y la carne de su juventud, todo ello trasegado ahora en aquellos ocho cantarillos humanos, en sus ocho hijos, de trece años el mayor. Sólo ánimo le iba quedando a la infeliz.

Madrugaba más que el alba para poder dar abasto con el trajín que diez cuerpos demandaban y cumplir con las ropas ajenas que lavaba y planchaba. ¡Cuántas noches no supo lo que era poner la cabeza en la almohada por estar arrollando cigarros de encargo o dándole a la plancha!; y eso estuviera como estuviera, en ocasiones con las piernas tan hinchadas cual vastagos de plátano. Y no había más remedio porque el pasmadote de su marido le paseaba el alma por el cuerpo y no era capaz de salir avante con semejante ejército.

Eso sí, él siempre dormía sus noches desde el toque de queda en los cuarteles hasta que el pito de la estación del Atlántico anunciaba las seis de la mañana.

Pero el marido no tomaba en cuenta los sacrificios de su mujer, y si no podía trabajar como era debido, en vista de los ocho picos siempre dispuestos a engullir, sí tenía fuerzas para insultarla a cada rato y hasta para maltratarla de hecho si así se le antojaba. Y sobre esto, la suegra. ¡Santo Dios! que no la podía ver ni pintada en la pared, porque creía que su hijo había descendido desde el trono

del Altísimo al profundo abismo donde Ramona había nacido, para casarse con ella. ¡A saber las malas mañas de que se había valido la tal por cual para engatusar a su muchacho! Siempre le estaba sacando los ojos con su otra nuera. Esa sí era toda una señora, de la misma clase de ellos, si no es que un poquitín más elevada.

Y esta vida de trabajo y tormentos añadida a cierta irritación nerviosa debido a sus muchos alumbramientos, había terminado por agriar el carácter de Ramona. Le costaba ya hablar con dulzura a los niños; los amenazaba a gritos por naderías y sin motivo les sacudía el polvo. Los mayores le tomaron por ello cierta inquina, se declararon sus enemigos y cuando los castigaba, la amenazaban con irse a vivir donde la abuela.

Tiraban para allá porque la abuela era mujer de buen pasar. Allí nunca tenían hambre, y su tía, la nuera, señora a quien Dios no diera hijos, los mimaba. Esto ponía fuera de sí a Ramona.

¡Ay! ¡Aquella vieja bandida y aquella otra inutilona con nueve años ya de casada sin saber lo que era echar un hijo al mundo!; lo que sí podía era jalarle los ajenos.

Cada hora de almuerzo y de comida era una borrasca: El hombre vociferaba, ella lloraba y el histerismo la convulsionaba, los pequeños gritaban y huían como pollitos perseguidos.

El la había despedido muchas veces: —Andavete, andavete de aquí. No haces falta. Los chiquillos estarán mejor con mi mamá y con Lola que con vos. Aquí no haces falta.

Por fin un día no pudo más.

—Sí, sí, valía más separarse. Eso no era vida; ¡y el mal ejemplo para los chiquillos!; ¡que se los llevaran, que la dejaran sola!; ¡ella sabía trabajar, se concertaría!

Y se fue al solar a dar gritos. Los niños la miraban con terror y ni Pedrillo que era el menor que siempre andaba colgando de ella como un arete, quisieron acercársele y la contemplaban de lejos lo mismo que una extraña.

Cuando se calmó llegó a la casa y encontró todo revuelto. El marido estaba cargando en un carretón lo más pesado: la mesa, el armario, las cuatro sillas, la cama de matrimonio. ¡La cama donde nacieron sus diez hijos!

¡... Dichosos los dos muertos! ¡De las que se habían librado!

¡Dichosos de ellos!

Las cosas menudas las llevaban los niños. Se asomó a la puerta a verlos partir. Ninguno le dijo adiós. Iban uno tras otro; parecía un caminito de hormigas: unos con los cuadros de los santos, otros con motetes en la cabeza. Hasta Juancito llevaba algo: el candelero de hojalata, con un cabo de candela todavía pegado. La candela que la noche había alumbrado la última vigilia al lado de sus chacalincillos.

Caminaban despacio por la carga porque Juan de la mano de María, la mayor de las mujeres, no podía marchar aprisa.

La cabecita rojiza de Pedro iba al frente de la tropa y oscilaba semejante a una llama que fuera alumbrándoles el camino.

—¡Pedro, Pedrito! —le gritó Ramona.

Pedro se detuvo y quiso volverse pero Nicolás, el mayor, le metió un pellizco y el chiquillo emprendió carrera y desapareció.

—¡Nicolás, Nicolás! —llamó la madre. El muchacho ni siquiera volvió la cabeza y cruzó con paso rápido la calle porque ya le preocupaban las apariencias y no quería que la gente lo viera a la cabeza de la procesión de mocosos.

—¡Juancito, Juancito! ¡Mi muchachito!

El chiquillo comenzó a llorar con voz lastimera y no quería caminar. María lo llevó de rastras y hasta que cruzaron, Ramona entrevio la sucia carita vuelta hacia ella.

Con las manos en la cabeza entró. El marido salía con los últimos trabajos.

Le dijo irónico: —Te dejo lo que llevaste el día que nos casamos. La casa estaba vacía. Ella nada había llevado consigo el día que se casaron. ¡Era tan pobre! A no ser que su juventud y su frescura que habían quedado enredadas en los abrojos del camino.

Anohecía. Las piezas se llenaban de silencio y de sombra.

Ramona se metió en la cocina y se dejó caer en una piedra abandonada en un rincón. Lo único vivo en torno era una brasa que había quedado entre las cenizas del hogar. Y la mirada de la pobre mujer se agarró ansiosa de aquella luz mortecina y su corazón se tendió, como un animal herido por el frío hacia el pedacito de calor que brillaba en la oscuridad.

En su cabeza giraba un torbellino. Ella era un árbol, el viento había desprendido todas sus hojas y éstas danzaban vertiginosamente en torno suyo. Los dientes castañeteaban.

¡Qué frío hacía, Señor Mío Jesucristo!

En alguna parte, ¿dónde?, un rojo desfile de cabezas infantiles. Una tenía el cabello rojo y parecía un fogoncito. Esa era la que estaba allí cerca de ella, entre la ceniza.

En silencio, ocho pares de piecitos golpeaban al caminar sobre el empedrado.

¿Pero el empedrado, no estaba dentro de ella en el corazón?

La brasa acabó por extinguirse entre la ceniza.

BANANOS Y HOMBRES

— I —

ESTEFANIA

Pongo primero bananos que hombres porque en las fincas de banano, la fruta ocupa el primer lugar, o más bien el único. En realidad el hombre es una entidad que en esas regiones tiene un valor mínimo y no está en el segundo puesto, sino que va en la punta de la cola de los valores que allí se cuentan.

En la playa interminable y desierta que va desde la Barra del Tortuguero a la del Colorado, encontramos la cruz de madera tosca, pintada de negro en alguna ocasión, ya desteñida casi toda. A lo largo de los brazos, un nombre, y tal vez la primera letra del apellido dentro de poco completamente ilegible. Estefanía R ... Quizá Rojas, quizá Ramírez o Ramos.

Muchas millas se habían recorrido sin encontrar nada que rompiera la monotonía del paisaje: mar y cielo a la derecha; la arena de la playa al frente y a la izquierda la vegetación de icacos, almendros y cocoteros. Caía la tarde dentro de aquella soledad inmensa. De pronto, la cruz negruzca enclavada en la arena, los brazos tendidos frente a la inmensidad azul. El mar la había llevado hasta allí. Estefanía R ...

¿Cómo habría sido la mujer que llevó este nombre ?

Y una fila de siluetas femeninas como las que uno encuentra por esas playas o en las fincas de banano, comenzó a desfilar por la imaginación: figuras pálidas, marchitas, tostadas por el sol, las fiebres y la sensualidad del hombre, amorales e inocentes como los animales. Hay una que se destaca sobre el friso doliente. ¿Se llamaría Estefanía? El nombre se ha borrado de la memoria. Un triángulo oscuro el rostro entre el alboroto del cabello negro; la esclerótica y los dientes muy blancos, los pies desnudos, fuertes y sarmentosos, los brazos muy largos.

¿Cómo llegó a las fincas de bananos de las vegas del Reventazón y del Parismina? La vida la trajo rodando desde el Guanacaste. Creo que en Santa Cruz, el juez que más tarde llegó a ser un honorable magistrado de la Corte de Justicia, le hizo un chiquillo cuando ella apenas entraba en la adolescencia. Por supuesto que después el estimable caballero ni se acordaba de la insignificante aventura. Ella dejó al hijo en la primera casa propicia y comenzó a rodar. Luego otro, ella ni recordaba bien el nombre, la dejó embarazada y siguió rodando, rodando .. . Nació una niña. Era como esos pedazos de palo que van en la corriente de los ríos. La vida la depositó con todo y chiquilla en una finca de bananos de la' región del Atlántico. Y así siguió de finca en finca, hoy con uno, mañana con otro, si hasta con un chino dueño de un comisariato tuvo que ver la pobre, y la chiquilla siempre pegada de ella como un hongo de una rama desgajada.

En una ocasión se metió a vivir con un hondureño y se fue con él a una finca en donde sólo admitían hombres solos. Todos los peones del campamento eran nicaragüenses. La muchacha era la única mujer que allí había. Una noche se convinieron los nicaragüenses y asaltaron la casa del hondureño, para quitarle la mujer. Lo apuñalearon e hicieron lo que gana les dio con ella. No se sabe cómo no salieron de la chiquita que entonces tendría unos tres años. En la finca en donde la conocí de cocinera era fiel al hijo del dueño como un perro. El mozo era bello y amable y por él se habría dejado ella matar. Venía el muchacho cada mes a la hacienda a inspeccionar el estado de los cultivos y a la muchacha estas visitas la hacían tan dichosa como a una santa las de un ángel que bajara de los cielos. Por él aguantaba que el administrador de la finca en sus borracheras la pateara lo mismo que a su hija y a su perrillo; y por él, no permitía que se perdiera un cinco en el comisariato, ni que se extraviara un huevo, ni se llevaran un palo de leña. Entretanto en la ciudad, las ganancias de la finca servían para que el padre y el hijo fueran socios del Club Unión, para que la señora que tenía juanetes y callos no se bajara del automóvil y para que la hija se vistiera muy chic y fuera cada año a Europa y a los Estados Unidos y trajera unos vestidos y una ropa interior que dejaban envidia en el corazón de sus mejores amigas.

Varios años sirvió allí, pero cuando se puso muy mal del paludismo, nadie hizo nada por ella. Tuvo que coger a su hija y sus chut-quitas y venirse para el Hospital de San Juan de Dios. Quién sabe cómo haría con la muchachita . . . porque no creo que en el caritativo establecimiento la admitieran con todo y criatura. Y el buen mozo hijo del dueño de la finca ni siquiera se acordó en la ciudad de la pobre sirvienta enferma. En cuanto a la señora de los juanetes y su distinguida hija ignoraban hasta la existencia de aquella mujer que se desvelaba porque en la finca no se les perdiera ni un huevo, ni un cinco; desvelos que contribuían humildemente a pagar el automóvil, los viajes al extranjero y la fina ropa interior de la señorita.

La vi la última vez a su regreso del hospital, en uno de los trenes de los ramales que salen de Siquirres, en un carro lleno de negros que reían a carcajadas, de negras vestidas de colorines que chillaban como loras, de nicaragüenses de voz suave y de chinos. Siempre la niña pegada de ella, marchita ya como una persona vieja, y tan seria, que uno se preguntaba si la risa nunca habría jugado sobre sus labios. Daba congoja ver esta chiquilla cuyos ojos eran duros como guijarros y con una boca seca que hacían pensar en la tierra en donde nunca ha llovido. La madre venía vestida de celeste y la hija de amarillo, unas telas brillantes. ¿Por qué se habrían puesto estos trajes vistosos? Entre ellos la tristeza de su vida adquiría una doliente ridiculez.

¿Quién hubiera dicho que esa mujer apenas sí habría cumplido los veinticinco años ? Estaba tan flaca que parecía se estaba chupando los carrillos; en la piel de un negro verdoso, la esclerótica brillaba con un amarillento siniestro y en los pómulos, en las clavículas y en los codos, ya los huesos rompían el pellejo. Al hablar hacía una mueca que dejaba al descubierto las encías descoloridas de las cuales la debilidad había ido arrancando aquellos sus dientes tan blancos y tan bonitos, con la misma indiferencia con que una mano deshoja una margarita.

Al llegar al término descendió penosamente apoyada en su hija y se confundió entre el grupo de gente que esperaba la llegada del tren. De allí se fue a buscar acomodo con otros pasajeros en unos de los carros-plataformas tirados por muías que corren sobre la red de líneas que surcan las fincas, y sirven para el transporte de la fruta. ¿A qué lugar se dirigía? Se sentó con su hijita entre un montón de sacos y cajones. Se veía que tenía dificultad para respirar. No es extraño que estuviera tuberculosa.

El mulero hizo restallar el látigo y la muía comenzó a trotar arrastrando tras sí el vehículo sobre los rieles. En el fondo del callejón por donde corría el tranvía temblaba la mancha viva formada por los trajes de la madre y de la hija, que se internaban de nuevo entre los bananales.

.....

;De qué humilde cementerio de estos caseríos de la Línea, la avenida de un río o las olas del mar arrancaron la humilde cruz?

Estefanía R...

Una de las tantas mujeres que han pasado por las fincas de banano.

Tras de nosotros quedó la cruz sembrada en la arena, los brazos abiertos hacia la inmensidad del mar sobre el cual comenzaba a caer el crepúsculo.

Costa Rica. Mayo de 1931.

* * *

— II —

NOCHEBUENA

*En las fincas de banano se le guardan más
consideraciones a una mata de banano que a un peón.*

Hace tres días llueve sin cesar. El nivel del Reventazón sube y sube. La víspera ha llegado a la finca la orden de corta: mil racimos, slight heavy full.

Todavía oscuro se han levantado los peones. En la lejanía el mugido de la barra del Parismina y en torno de los ranchos el rumor sordo del aguacero sobre los bananales. Se mueven los hombres a la luz de las lámparas y las sombras de sus cuerpos se agitan sobre el espacio iluminado, como jirones arrancados a la oscuridad desolada que los rodea.

Las mujeres se han levantado a preparar el desayuno. Los hombres se toman a prisa y en silencio su burra de arroz y de frijoles que bajan con café. Ya el agua del río comienza a lamer con taimada indiferencia el umbral de los ranchos.

Salen del caserío chapaleando agua y se internan entre la despiadada humedad de los bananales.

Una mañana lívida los sorprende en el corazón de las plantaciones, los cortadores con la larga chuza al hombro, los concheros con aquel

su atavío de hojas secas de banano que les da el aspecto de bailarinas hawaianas. Sigue lloviendo. Hay partes en donde el agua llega a la rodilla de los más altos.

En su faena tienen que recorrer kilómetros, mirando hacia arriba en la búsqueda de los racimos que tienen el grado requerido. Llevan guaro contrabando y beben. La propaganda antialcohólica es algo sin sentido en esos lugares.

Este Juancito Sandino, no debe estar bien. Ya ha tenido que salir dos veces a San José a curarse el paludismo en el hospital. Pero ahora la cosa anda peor: dos hemorragias pulmonares. Juancito

Sandino es un muchacho nicaragüense de unos veinticuatro años lo más, muy simpático, felino, con unas maneras dulces, como de seda cuando está bueno, de las que saca cuando se emborracha, unas garras de tigre. Su guitarra y él han sido inseparables y su voz agradable de barítono y las canciones ingenuas y amorosas que sabe, han alegrado muchas veladas tristes y muchas parrandas salvajes en aquellas soledades. Es conchero y ha sido famoso por su aguante.

Y ahora el pobre quiere tener las mismas fuerzas de antes. Va con uno de los cortadores más hábiles y tiene que moverse mucho para dar a basto. Da pena verlo con su cara febril bajo el viejo sombrero de fieltro que chorrea agua, agitando la especie de falda corta de hojas secas de banano. Y en torno, por kilómetros de kilómetros, matas de banano que chorrean agua. Las hojas secas penden de los tallos como harapos sucios y las chiras rojas hacen pensar en corazones que cuelgan a la intemperie.

Van y vienen los cortadores y los concheros; caen los tallos y el racimo es recibido con todo mimo y depositado con el mayor cuidado en ordenados montones a lo largo de la línea del tranvía, en los mejores sitios. Los peones que no tienen guaro y están sedientos, se inclinan a la pasada y beben en los charcos. ¡Qué cuento de parásitos intestinales! Da risa pensar_ en el Ministro de Salubridad Pública que anda en un Congreso de cuestiones de higiene que se celebra en los Estados Unidos. A saber si muchos de los señores que asisten a dicho Congreso tienen acciones de la *United Banana Co.* ¿Qué puede importar el trabajador a los accionistas ? Lo que importa es que cuando haya demanda haya fruta y que suban las acciones.

Llega el turno a los carreros. Sigue lloviendo. Bueno, cuando llegue la noche, será Nochebuena. Sí, estamos a veinticuatro de diciembre.

Hay que cargar con todo primor la fruta para que no se maltrate. Les hacen lechos de hojas en las pequeñas plataformas de madera montadas sobre ruedas. Restalla el látigo, la muía endereza las orejas y parte a través de los bananales interminables con la preciosa carga.

El agua cubre los rieles, pero como se saben de memoria los switchs, eso no importa. En cada uno hay que bajarse para levantar y acomodar el carro en la vía que debe tomar. En una de esas Pancho Ortega se ha dado un fuerte golpe en una rodilla, tan fuerte que ha tenido un pequeño desvanecimiento. ¿A qué pensar en eso? ¿Acaso vale más su rodilla que el banano de la *United Banana Co.*?

Cada vez al llegar al comisariato del Carmen, bebe. ¡Qué borrachos están! Allá lejos, en las ciudades, los filántropos pueden hacer toda la propaganda antialcohólica que a bien tengan. La Compañía tendrá cuidado de tener en sus comisaratos siempre una buena provisión de aguardiente. Sin el guaro, qué vida más aburrida sería la de los peones.

.....

¡Nochebuena!

Nadie se acuerda allí de que en esa noche se celebra el recuerdo de Jesús, quien dicen vino a salvar este mundo del pecado.

A las nueve están de vuelta los carreros. Han rechazado la fruta . . . No tenía el grado pedido.

Claro que sí lo tenía, pero había exceso de fruta en los mercados de los Estados Unidos y de las alturas vino la orden de rechazar la fruta. Un costarricense yanquizado de esos que creen que hablar inglés es una gran cosa, recibió dicha orden y se apresuró servil a trasmitirla.

Los cortadores perderán todo su trabajo.

¿Maldita sea? No, ya ni maldita sea dicen ... Es tan corriente ...

Los bananos pierden toda su importancia y allí quedan tirados en la oscuridad, bajo el agua que sigue cayendo.

En el rancho de Pedro Montiel han preparado unos tamales. Ahora el río ha subido tanto, que corre sobre el piso de los ranchos. Los convidados se han acomodado en las camas, en la mesa, en cuanto está elevado. Han improvisado puentes para llegar hasta el fogón en donde hierve una olla de tamales. Juancito Sandino se ha encaramado con su guitarra sobre la única mesa. Ya no puede cantar, pero acompaña a Zapata. De verdad que la música de la guitarra es buena compañera de estas gentes. Se siente que viene a ellas con la sencillez de una fuerza que no se cree ni más ni menos que nadie, como el agua, como el viento, como la luz del sol. Les da todo lo que posee: su música incomparable.

Canta Zapata con su voz un poco nasal: es de una barca que se lleva a un pescador y de una mujer que se queda llorando en la playa. Tose Sandino con su tos de tuberculoso y los acordes de la guitarra acompañan sollozando este presagio de muerte.

La luz aceitosa de una lámpara de petróleo suspendida del techo de palma, alumbra la escena.

Los carreros que han llegado borrachos no se han quitado sus ropas empapadas y andan dando traspiés entre el agua con sus botas llenas de barro, repartiendo ron. Julio Martínez va a poner un disco en la victrola. ¡Las victrolas y las aspirinas! No hay rincón del mundo adonde no hayan llegado.

El disco es de una mujer que canta de modo que recuerda a las gatas en celo sobre los tejados. Dan ganas de coger a patadas el admirable invento, y tirarlo al río.

Todo el mundo está borracho allí, hasta las mujeres y los niños.

Pancho Ortega no ha podido venir a la fiesta. Ha tenido que permanecer en su rancho en el que vive con una negra. La rodilla se le ha puesto como una cabeza de ternero y se ha echado así con la ropa y el calzado empapados, porque no aguanta que lo toquen. A ratos brama del dolor. Lo que han hecho la negra y él es ponerse a beber ron. Bajo la cama se desliza en silencio el agua del río.

Y no deja de llover. El Reventazón corre entre la noche con una quietud aterradora.

¡Nochebuena!

.....

Los altos empleados de la *United Banana Co.*, que viven en Limón, en lo que llaman la Zona, también celebran su Nochebuena. Han adornado sus casas confortables con graciosas coronas de muérdago y han plantado arbolitos de Navidad con muchas luces y frutas fantásticas de vidrio. Para toda la gente bien de Limón, los machos han preparado una fiesta en el Amusement Hall. El que ha recibido y transmitido la orden del rechazo de la fruta, es un buen hombre, un padre amante de sus hijos que mira con indiferencia los cuernos que con los machitos le pone su mujer. Ha jugado y cantado con sus niños en torno del arbolito resplandeciente y más tarde se ha emborrachado con los amigos y amigas de su mujer en el Amusement Hall.

.....

En casa de un diputado de los que se empeñaron en que pasaran los contratos bananeros tal como lo deseaba la *United Banana Co.*, contratos que casi han dejado el destino de Costa Rica en manos de esa compañía.

Dicen que le dieron unos pocos miles de colones como premio a su adhesión a la Compañía frutera.

Está recién casado, sólo un niño tiene. Con parte del dinero que así se ganó, ha comprado para su hijo un automóvil de juguete en el que cabe la criatura, trenes, bolas y no sé cuántas chucherías más y para su mujer un pendentif con un brillante y una refrigeradora. Además ha plantado también su arbolito de Navidad ante el cual se ha extasiado con su mujer y su hijito.

Ambos cónyuges han invitado a cenar a sus respectivas familias y amigos. Han tenido chompipe relleno, champagne, tamales, etc. A medianoche el niño se ha despertado y se ha puesto a jugar con sus regalos, y al padre y a la madre se les han salido las lágrimas de emoción al contemplar el fruto de su amor encantado con aquellos juguetes comprados con el dinero que la *United Banana Co.*, diera como premio a la venalidad.

.....

De cómo pasó aquella misma Nochebuena, Mr. Sweetums, Assistant Manager de la United Banana Co., en New York.

Fue en el delicioso apartamento de Dolly Darling, chiquilla de quien Mr. Sweetums estaba enamorado.

Dolly Darling se dedicaba al vaudeville aun cuando tenía una voz insignificante. Además se había ganado una copa en un concurso de bañistas en Riverside.

Mr. Sweetums pasó una noche deliciosa entre las carantoñas de su protegida y las ocurrencias de Polly Flapper, la hija del rey del papel higiénico, y de Conny Fletcher quien tuvo lugar preferente en la primera página de los periódicos de la prensa escandalosa cuando lo del crimen de Tennessee.

¡Dolly Darling parecía tan enamorada de Mr. Sweetums! ¡Y cómo no, si le había llevado esa noche como recuerdo de Navidad, aquel Rolls-Royce que sería la envidia de sus amigas, con carrocería diseñada especialmente, calefacción, luz eléctrica, orquídeas y no sé cuántas novedades más; y aquella piel de zorro de treinta y dos colas y un choker de brillantes de Tiffany!

Conny llegó en su limousine y Polly en su Packard regalo del padre, es decir comprado con las ganancias obtenidas en el comercio del papel higiénico.

Pasaron una Nochebuena deliciosa: tomaron cocktails exquisitos preparados por Mr. Sweetums con el alcohol que, a pesar de ser un obediente ciudadano de las leyes de los Estados Unidos, sabía conseguir cuantas veces se le antojara; comieron almendras saladas y mil golosinas más. El radio les transmitió la música de la orquesta que tocaba en el Roxy y una onda les trajo la frase de los ángeles a los pastores de Belén, repetida con unción por el Reverendo Billy Jenkins: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Mayo de 1931.

* * *

— III —

NIÑOS

Dicen unas grandes autoridades médicas a quienes la United Fruit Co. ha consultado, con el fin de hacer propaganda a su artículo, que el banano es un gran alimento para los niños.

Cae la tarde. Comienza mayo y el canto de las chorchas y de los yigüirros pone una dulzura infinita en la paz hipócrita de estos campos tropicales cubiertos de charcos en cuya mirada verdosa acecha la fiebre. Corre el Parismina sin ruido con su taimada mansedumbre que el sol poniente dora y toca de melancolía. Pasan sobre el agua las garzas blancas y grises su vuelo romántico y entre las ondas se esconden tiburones y cocodrilos.' Los zancudos del paludismo comienzan a inquietar el encanto de la tarde.

Los niños pálidos y los perrillos flacos y sarnosos deambulan por el caserío, unos diez ranchos lo más.

Son verdosos, muy morenos, con las pancillas repletas de lombrices, amebas, anquilostomas y de sabe Dios cuántos otros monstruos. No gritan ni saltan, se mueven con lentitud y cuando sonríen dejan ver unas encías exangües, lo cual da un fondo doloroso a esta sonrisa.

Descansan su vagabundeo en el bote tumbado en la ribera a la sombra piadosa de un sotacaballo.

Ramón y Julián, ocho y doce años respectivamente, llevan el tronco desnudo. Son hermanos, hijos de la Rosa, cada uno de padre diferente: Ramón de un nica, Julián de un chino. Basta verle los ojillos, los pómulos y el pelo como agujas. Ahora la Rosa vive con Luis, un negro. El negro Luis se emborracha y yo creo que también la Rosa. Dicen que en las parrandas que arman hacen beber también a los chiquillos.

Anselmo es hijo de la Mariana, el mayor de una marimba de cinco criaturas. Pero ni Anselmo ni el que le sigue son hijos de Díaz, el padre de los tres últimos, a los cuales ha chineado el pobre Anselmo: siempre anda cargado con el último crío que la Mariana ha tenido a bien traer a este mundo. Quizás sea el oficio lo que ha dado al niño esa cara de tonto o de bestia de carga que tiene.

Lidia, siete años, debilucha, los párpados hinchados, precoz y perfectamente instruida en todo lo que se relaciona con el pecado que en las tablas de Moisés ocupa el sexto lugar. Eso sí, ni ella, ni la madre, ni ninguna de esas gentes cree que eso sea pecado. (Yo me pregunto lo que piensan los católicos qué hace su Dios con las almas de estas criaturas). La madre de Lidia es la cocinera del administrador de la finca, una mujer joven y guapa de Cartago, con perfil de medalla romana, sólo que cuando ríe deja ver unas encías pobladas de ruinas negruzcas que deben oler mal. ¡Y cuánto ha rodado esta pobre mujer con su chiquilla! Algo así como Estefanía con la suya. Cuando van al Carmen o salen a Siquirres, Lidia se empolva y se encoloretea como su madre y se les guinda y pide plata a los hombres con quienes la otra tiene que ver.

Martín, unos ocho años, es hijo de Felipe Quesada el mejor cortador de la finca y también el más borracho. Dicen que tiene una saca de guaro y que el chiquillo le ayuda en tales andanzas. Un día, cuando Martín contaba un año, su madre se fue con otro, y así él ha tenido que vivir con todas las

mujeres con quienes su padre se ha amancebado; con la Petrona que le pegaba sin misericordia, con la Carmela que no le hacía caso y que lo dejó cundirse de niguas y piojos, con la Socorro que se pasaba borracha y ahora con la Eva que tiene dos hijas más grandes que Martín. Esta ha sido la mejor época del niño porque la Eva y las chiquillas son buenas con él. Eva no quiere que ni sus hijas ni Martín se queden burros como ella que ni leer sabe, y así lava la ropa a Cayetano Espinoza, un peón, sin cobrarle nada con tal de que los enseñe a leer y a escribir y algo de números.

Natalia, una muchachita de edad indefinible, con su hermanito en los brazos. ¡Qué grupo más triste Señor! Ella, verdosa, hinchada por la anemia revejada, con unas mechas negras, enredadas y sin vida cayéndole de la cabeza abatida por una mano invisible. El niño tendrá con trabajos un año: la cabecita coronada por unos rizitos negros, la cosa más linda y bajo ellos un rostro tan triste, tan pálido, de una palidez casi transparente, abotagado, serio, serio como si no conociera ni la sonrisa; los ojitos hinchados con la esclerótica casi lívida que hace pensar en la muerte. La madre cuenta que se quedó así como tontico desde una caída en la que se le hundió la mollera; y que después Antonia la vieja curandera que vive en la Barra del Parismina se la sacó con la boca así; primero se echó una buchada de ron y luego una bocanada de humo de puro, aplicó la boca a la mollera hundida y absorbió para sacarla. Engracia, la madre de Natalia quiere que la muchachita y otros dos niños suyos, aprendan a leer con Cayetano, pero no van a poder, pues se van a ir a construir un rancho a unos seis o siete kilómetros de allí. Hay que voltear montaña para sembrar más banano y los chiquillos se tendrán que quedar animales como ella que no sabe ni una letra, sí, animales entre esas soledades.

De la otra ribera gritan. Es que han pescado un tiburón. Hace poco un tiburón aserró la pierna de una muchachita que se bañaba a la orilla del río. ¡Y estas criaturas que se pasan chapuceando entre el agua!

La música de las chorchas y de los yigüirros es ya sólo un recuerdo melodioso en la memoria del tiempo. Hacia el oriente, sobre el azul tierno del cielo comienzan a brillar con inocencia y timidez las estrellas. A saber si en muchas de ellas hay paludismo, culebras venenosas, tiburones y fincas de banano.

Los congos ladran en la lejanía y en el higuérón vecino las oropéndolas arman su algarabía de comadres oficiosas, antes de entregarse al descanso. En los zacatales de las riberas se encienden y apagan millones de candelillas. Los niños las contemplan con sus ojos sin alegría.

A través del encañizado de las paredes de los ranchos comienza a brillar el fuego del hogar. Es como si los ranchos se pusieran a sonreír. ¡El hogar en estas regiones que producen banano, y estos niños! ...

.....

Los que conocen el valor de los alimentos, han descubierto que el banano es una gran cosa, que cuando una persona se come un banano se mete entre el cuerpo no sé cuántas calorías y vitaminas.

Pero las gentes que trabajan en las fincas de banano dicen que es malo. Bueno, hacen ironía sin saberlo...

En cambio en los Estados Unidos, en donde casi todo el mundo es pragmatista y por lo tanto sabe aprovechar honradamente lo que a los demás ha costado sudor y fatiga, comen todos los bananos que les ofrece la United Fruit Co. Dicen la United Fruit Co. y los médicos a quienes ha consultado, que esa fruta es excelente sobre todo para los niños cuando están creciendo. ¡Qué carteles más sugestivos presentan! El yanqui que se quede sin comerla, es porque es un tonto redondo.

¡Cuan sugestiva la propaganda que esa compañía hace a su artículo! ¡Unos carteles artísticos y unos anuncios irresistibles en las revistas! Si hasta logran interesar a la Pedagogía... En revistas para maestros pintan a los trópicos, las tierras en donde se cultiva el banano, como el paraíso terrenal y dedican páginas enteras a los bananos de la United Fruit Co.; grabados de niños sonrientes y sanos que esperan con mirada golosa el plato que una madre encantadora les está preparando, o de graciosos chiquillos que comen banano. Y luego la lectura habla de maestros interesados en la salud y vitalidad de sus alumnos, quienes saben por experiencia que no hay nada mejor para éstos como un banano maduro y un vaso de leche, y de autoridades médicas que han encontrado en el banano elementos indispensables para los huesos y los músculos.

For growing children bananas and milk ate a nourishing luncheon.

Una merienda nutritiva para los niños que crecen: leche y bananos.

Costa Rica. Junio de 1931.

* * *

— IV —

RIO ARRIBA

La lancha *El Parismina* remonta el río en su viaje semanal. Ha salido a mediodía con todo el sol. Trae un cargamento de cacao y unos cuantos pasajeros, entre los cuales viene una familia que emigra a otra finca: el hombre de edad indefinible, seco, alto, encorvado; el clima ardiente, el paludismo y el alcohol lo han retorcido como retuerce el fuego una rama verde. La mujer y los chiquillos, seres anémicos, raquíticos, hinchados; estos niños que no han probado más leche que la materna. Emigran con todo su haber: unas ollas negras y unos trapos dentro de sacos de gangoche. Viene también el jefe del Resguardo a quien acaban de nombrar, sobrino de una amiga de la mujer con quien vive uno de los ministros de Estado; es un joven de San José con cara de comemaíz, criatura inútil que lo único que ha aprendido es a bailar muy bien y a beber. Su zapato bajo, sus medias de seda rayadas, su charla insustancial y su pelo peinado hacia atrás como los intelectuales cursis, desentonan entre aquella gente silenciosa que lo mira como se pueden mirar unos aretes, un collar o cual: quier otro adorno de joyería barata en las urnas de los comisariatos.

El gris del cielo es para la mirada una lámina dura de metal caliente. Dijérase que los émbolos y las válvulas del viejo motor de la lancha, han cogido a patadas el silencio espeso que oprime el paisaje como una capa de aceite hirviendo.

Sube lenta la lancha sobre el lomo del río amodorrado. En las riberas, cañuela, palmas, maraña insolente, bananales y cacaotales. Los cacaotales ponen sobre la monotonía del verde, la nota de sus hojas rosadas; sus frutos amarillentos penden como senos alargados de mujer que ha amamantado mucho. Esta vegetación lujuriosa embriaga la vista. Bajo la tierra las simientes se abren para dar a luz: se adivina su inquietud fecunda. Los brotes asoman a flor de tierra, dispuestos a luchar para abrirse paso; tratan de ahogarse mutuamente, se arrastran, se enlazan, suben estrangulándose. Los más fuertes se empujan y aplastan a los otros y cuando logran subir, el fuego del sol o la tenacidad de la lluvia salen al encuentro de su triunfo y lo adormecen.

De cuando en cuando un lagarto que dormita al sol o un rancho cuyo techo de palma parece abrumado por el calor. A menudo, frente a estas habitaciones hay cuerdas tendidas con tasajos de carne de chanco de monte que se secan al sol. De los surás de tronco blanco y elevado penden mechones de una vegetación negruzca, fibrosa y vaga que se convierten dentro del cerebro adormilado con los jirones del silencio de esas soledades desgarrado por los golpes del motor de la lancha.

El Parismina es una lancha vieja que anda con las entrañas al aire. Las entrañas son este motor viejo de cinco caballos que produce un ruido infernal, de piezas cubiertas de un húmedo siniestro y cuyos movimientos hacen temblar la carne de los pasajeros; las mejillas sonrosadas del jefe del resguardo se agitan de un modo que da risa. Debajo del motor asoman las costillas negruzcas de la embarcación entre una agua verdosa. El piloto que es un negro, y el maquinista, hacen juego con este motor viejo, cuyo brillo y vanidad han quedado perdidos en las aguas del Reventazón y de los Caños. El maquinista, Pancho Sandino, hace cinco años trabaja en esta lancha y como veinte que vive por estas remotidades. Es de Puntarenas. Lo mismo que a la Estefanía, la vida lo arrastró hacia estos lados, como la corriente de los ríos arrastra esos palos que uno ve pasar-flotando. Cuenta que por todas las partes por las cuales ha pasado, ha dejado hijos. El dice que hay que sembrar la semilla. Viene sentado en el piso de la embarcación, junto al motor, fuma y fuma en su pipa negra y tosca. Casi no quita la vista del motor. Con los ojos cerrados podría decir el lugar de cada tornillo, llave, cilindro-, tuerca. Si no fuera porque de cuando en cuando parpadea sus ojillos verdes, se le podría tomar por un utensilio indispensable para la marcha del motor como la aceitera que se encuentra a su lado. Cuando lleva turistas por los Caños del Tortuguero, ni siquiera levanta la cabeza al oír las exclamaciones de éstos, ante la maravilla del espectáculo. Hace veinte años está viendo la misma cosa...

.....

Hay que recoger pasajeros en la hacienda Santa María. La lancha se acerca al pequeño puerto protegido por un grupo de nativos.

Se embarcan: un preso custodiado por dos guardas, unas mujeres jóvenes con paludismo y sífilis, que van para el hospital de San Juan de Dios en San José y un hombre que lleva el mismo rumbo, acompañado por una mujer menuda con cara de hormiga. Este hombre se ha golpeado terriblemente el pecho y una pierna al cargar bananos en un lanchón de la finca. Casi no puede respirar ni enderezarse y tiene la pierna terriblemente hinchada y amoratada. Cuando se golpeó nadie le hizo caso, precisaba cargar la fruta, y después el dueño de la finca no tuvo tiempo de ocuparse del asunto. ¿Acaso los hombres enfermos cuentan en las fincas de banano?

El hospital de San Juan de Dios en San José es un desaguadero de toda esa gente palúdica, tuberculosa y sifilítica que sale de las fincas en donde se cultiva el banano que es una nutritiva golosina en los Estados Unidos. En el hospital, la hermanita de la caridad encargada de las enfermedades venéreas, inyectará Salvarsán a las pobres muchachas de piernas llagadas que entran en la embarcación. Y esa virgen del Señor les echará en cara su liviandad al ver la mueca de dolor de las míseras al sentir la aguja hipodérmica introducirse con piadosa saña en la carne pecadora. Eso sí, no las curará los domingos ni días de fiesta religiosa por tratarse de enfermedades relacionadas con el pecado.

El peón que parecía un santo

Un día llegó a la finca Santa María Ignacio Parrales, un peón nicaragüense de Rivas. Unos treinta y cinco años lo más, regular estatura, delgado, cenceño, ojos oscuros que se quedaban mirando con tan apacible serenidad, que uno sentía como si por el espíritu pasaran una cinta de seda, y cuando

sonreía y entreabría los labios, la blancura de sus dientes ponía como un leve temblor de luna sobre el rostro oscuro y castigado por las intemperies.

De todo sabía y entendía: era excelente cortador, excelente conchero y excelente mulero. Sabía construir ranchos y botes. Pocos días después de llegado a la finca, comenzó a enseñar a los niños de los peones y de los dueños a leer y a escribir. A unos y otros les narraba cuentos, les enseñaba a fabricar trampas para coger pájaros y bestezuelas de los bosques y les traía de sus excursiones chanchitos de monte recién nacidos. Cogía los avisperos y panales así no más, sin tomar precauciones y los insectos nada le hacían. Dicen que dormía las culebras y varias veces llegó a la finca con una coral arrollada en el brazo, y dicen también que tenía secretos para dormir a los mordidos por serpientes venenosas.

Todo el mundo en la finca lo quería y le tenía confianza y en los cinco meses que pasó allí nadie lo vio borracho ni pelear con ninguno.

Pero un día llegaron los guardas y lo hicieron preso. Este era el fulano que hacía cinco meses degollara al agente de policía de San Alberto. Cuentan que primero le dio un golpe en la cabeza para atarantarlo y enseguida con todo cuidado y como siguiendo una línea trazada de antemano le cortó el pescuezo.

Bien es verdad que este agente de policía de San Alberto era una buena pieza: ganaba un sueldito cualquiera, pero hubo meses que le salieron por ochocientos colones. Para todo se necesita maña. Se tenía un negro a quien llamaba el Cariador, que le servía de trampa en los días de pago. En cuanto los peones comenzaban a tomar, les echaba al Cariador para que les buscara camorra; y apenas los otros le hacían frente los llevaban al cepo (porque ha de saberse que aun cuando los cepos son prohibidos por la ley, todavía se usan en los poblados de esas regiones bananeras), del que podían salir pagando una multa. Con estas mul-titas se ayudaba el agente de policía, a quien con tanto primor degollara aquel peón con cara de santo que se embarcó en *El Parismina* al mismo tiempo que las dos pobres muchachas palúdicas y sifilíticas y el hombre golpeado en el pecho por un lanchón al cargar bananos.

Costa Rica. Junio de 1931.



Paso Llano, San José de la Montaña, 1940. En una reunión con un grupo de sus amigos, entre los cuales se encuentran el Lic. Manuel Mora V., Carlos Luis Sáenz, Arnoldo Ferreto, Adela Ferreto de Sáenz y Luisa González.

LUCIA

(Siluetas de la maternal).

Hace tres días que Lucía no viene a la escuela.

Se va a ver cómo sigue.

¡Qué casa, Dios de los ángeles y de los serafines!

Un basurero, y en un rincón la casa llena de chuicas sucios y entre los chuicas la pobre ardiendo en calentura. Y solita, al cuidado del buen corazón de los vecinos. Sobre el asiento de una silla renca, un jarro de lata con agua por si le da sed. La madre se va al trabajo desde las siete de la mañana; vuelve a las once a hacer el almuerzo y a tragarse los bocados porque a las doce tiene que estar en la cervecería, y después hasta las cinco, si no es que se le presenta en el camino algún amorío.

La niña lleva puesto en la cama el trajecito que le vi en la escuela el último día. Está sucio, lleno de manchas de pulgas. Preguntamos por las camisas de dormir y nos dice que se perdieron.

Así pasa a menudo. La escuela da a los niños que lo necesitan dos camisas de dormir de manta, y se les recomienda que se quiten en la noche toda la ropa con que andan en el día, pero hay muchas madres sucias y dejadas que por no lavar dejan pudriéndose las prendas.

Sobre una mesa cubierta de polvo, de cascarras de naranja y de papeles manchados de grasa había un pedazo de espejo, una caja de polvos y un lápiz de pintarse los labios. (Ahora recuerdo que un domingo me encontré a Lucía muy flamante, bien empolvada, con las mejillas embarradas de colorete y los labios pintados).

¡Cuánta burla había en esa puntita roja que salía del tubo de metal! Hacía pensar en la lengua maliciosa de un diablillo que asomara a hacer mofa de la caridad, de la filantropía con que la gente que la pasa bien, se adorna para ser grata a los ojos de su dios y de sus santos.

Llega la vecina que ha quedado encargada de la niña y nos cuenta cosas, entre otras, que la madre de Lucía organiza representaciones los domingos por la noche, en las cuales todas las partes están a cargo de Lucía. Ella baila foxes, tangos y canta. ¡Qué memoria de chiquilla! Se sabe todas las canciones de la victrola de la pulpería de la esquina. Todos los hombres le dan plata y ha habido vez de juntar cinco colones.

La lengüilla roja hace guiños entre la suciedad de la mesa.

¡Este Dios sí que es un sembrador caprichoso! Arroja las simientes humanas entre pedregales, entre la cizaña, y unas pocas ¡pero cuan pocas! en terreno propicio Y después los moralistas quieren que el mundo este habitado por personas honorables.

PAGINAS Y TEATRO PARA ESCOLARES

DON GREGORIO JOSE RAMIREZ, JOVEN CAPITAN QUE SACO A COSTA RICA DE UNA TEMPESTAD

Marzo de 1823.—En marzo de 1823 "los nublados del día" con que el obispo cazurro de León de Nicaragua Fray Nicolás García Jerez trató de oscurecernos la noticia de la Independencia, se habían hecho muy espesos. Se reunían los Ayuntamientos en las diferentes poblaciones y convocaban a cabildo abierto; se reunía la Junta Gubernativa; se reunía el Congreso y nombraba comisiones que formulaban dictámenes que nadie atendía o que se atendían muy a medias; en Barba el cura fray Jacinto Maestre declaraba desde el púlpito que "no daría los sacramentos a los partidarios de la República" y "el clero cartaginés muy numeroso en aquella época, ayudaba eficazmente a los imperialistas en su tarea, diciendo que éstos tenían las puertas del cielo abiertas. El cura don José Joaquín de Alvarado hacía desde el púlpito ardiente propaganda en favor de don Agustín I". "Fray Francisco Quintana, a instancias del cura, predicó también un sermón, haciendo que sus oyentes se pronunciasen en la iglesia por el Imperio. El presbítero don Fernando Echeverría obligaba a retirarse del confesionario a los que portaban la divisa republicana: un botón blanco, con una flor roja". (La Independencia y otros episodios, Ricardo Fernández Guardia, pág. 109).

El bachiller Osejo aconsejaba que Costa Rica se adhiriese a la República de Colombia para defenderla del Gobierno Monárquico de Iturbide.

El Ayuntamiento de San José ponía en guardia al pueblo a quien los agentes de la tiranía y los curas hacían creer que "la religión cristiana de Jesucristo es incompatible con la República". En el Triunvirato nombrado por el Congreso se enfrentaban las ideas republicanas de Osejo y las de don Manuel María de Peralta uno de los jefes del partido imperialista. Cartago y Heredia estaban por el imperio mexicano de don Agustín de Iturbide y San José que era la población de Costa Rica de economía más adelantada, estaba por el movimiento republicano.

El 30 de marzo de 1823 reinaba la confusión en San José. El sábado Santo los católicos imperialistas, sin respetar aquel día venerado por su Iglesia, habían proclamado el Imperio mexicano de don Agustín I. Las patrullas imperialistas habían registrado hasta el santuario de la Virgen de los Angeles en busca del Bachiller Osejo para matarlo. Así son los católicos: cuando les conviene hablan con unción del amor al prójimo y del deber de perdonar al enemigo y cuando eso no les conviene, citan el pasaje de San Mateo que dice que Jesús no vino a meter paz sino espada.

En San José aconsejaban unos no intervenir en Cartago y respetar los hechos consumados y otros ir contra los facciosos. El Presbítero don Miguel de Bonilla, ardiente republicano a quien los cristianísimos católicos habían apodado el "Padre Tiricia", era uno de los que habían llegado huyendo a San José. Venía con la sotana agujereada por una bala imperialista que le había disparado el Sábado Santo el gran defensor de la Iglesia de Cristo, el español Freses de Ñeco.

Al Presbítero Bonilla se le ocurrió ir a Alajuela, con otro republicano, don Alejandro García Escalante, en busca de don Gregorio José Ramírez, en quien ellos veían un hombre que podía poner orden en aquel revuelto mar.

Tiene razón el profesor de Historia, Carlos Monge, al afirmar que la lucha por nuestra Independencia comenzó en Costa Rica precisamente cuando le llegó la noticia de haberse proclamado la Independencia de España en las provincias centroamericanas, el 15 de setiembre de 1821. Y uno de los costarricenses que más hicieron por el afianzamiento de nuestra vida republicana en 1823, fue Gregorio José Ramírez.

¿Quién era Gregorio José Ramírez? ¿Era un hombre que peinaba canas con luengos años de experiencia? No tal, que apenas contaba 27 años en aquellos momentos trascendentales. Dicen que era pequeño y delgado de cuerpo, enfermizo, de "modales bruscos y ásperos", pero muy querido y estimado. Era marino, dueño y capitán de un bergantín que se llamó el "Jesús María" y "El Patriota", barco que recorría los puertos americanos del Pacífico. En ese año de 1823, había regresado de un viaje por las costas de Colombia, Ecuador y Perú en el que debe haber oído las últimas noticias relativas a Bolívar y a la guerra de la Independencia. Era amigo del bachiller Osejo y pienso en las largas pláticas que alrededor de las "ideas revolucionarias" de entonces sostendrían con éste, los muchachos Alejandro y Rafael García Escalante, el presbítero don Miguel de Bonilla, don Francisco María Oreamuno, y el pequeño grupo que constituía "las izquierdas" de esa época.

¡Qué cosas viera y oyera en sus viajes —cosas condenadas por el clero— de la Revolución Francesa, de la campaña de América por su liberación y de los hombres que la llevaban a cabo, les contaría con voz emocionada el joven contra maestro a sus amigos! A todos les deben haber brillado los ojos, como he visto que les brillan a la gente moza costarricense de ahora que se preocupa por los grandes acontecimientos que están conmoviendo al mundo y se enrola en el movimiento revolucionario, cuando oye hablar de la Revolución Rusa, de las guerras de España y China, de Marx, de Lenin, de Stalin.

Gregorio José Ramírez, individuo acostumbrado a dirigir un barco por las aguas del océano, y que simpatizaba con las ideas revolucionarias de ese tiempo, era el hombre que se necesitaba en aquellos momentos. En cuanto oyó lo que querían sus amigos, se puso en acción. El 29 de marzo de 1823 se adueñaron los imperialistas de Cartago, y el 31 en la mañana ya tenía listo un ejército en Alajuela, el cual entró esa misma tarde en San José, entre el entusiasmo de la multitud que sentía que una mano segura y fuerte había empuñado la dirección de su destino. Gregorio José Ramírez se convirtió en dictador de Costa Rica. Sólo así podía salvar la situación.

El pueblo lo nombró su Comandante General aunque no tenía ningún grado militar.

He leído un hermoso artículo sobre Ramírez, escrito por don Pedro Pérez Zeledón, del que transcribo un pasaje hermoso por la forma y por el contenido:

"Ramírez fue Dictador de veras, Dictador en toda la extensión de la palabra; ante su voluntad inflexible todo cejó. Una horca levantada en la plaza principal de San José, árbol que felizmente no llegó a dar su fruto, advirtió a los inestables y a los tímidos que para la traición y para la cobardía había adecuado remedio, y también quien lo supiese administrar. Los preparativos para la campaña se hicieron, bajo la dirección de Ramírez, con sorprendente rapidez: el anciano aportaba el grano y la moza robusta lo convertía en aliñado totoposte; se destazaba la res y asoleaban las piezas escogidas para el acopio de la cocina; los trapiches no cesaban ni las moliendas de trigo, ni la fabricación de pan; a un tiempo se tejían y confeccionaban vestidos sencillos para el soldado; el cuero sin curtir se transformaba en rústico calzado; se hacían más y más levas; recibía el recluta instrucción en el manejo del arma; la flamante artillería, recién importada, se ejercitaba al blanco; herreros comunes reparaban los desperfectos de las armas, y talabarteros burdos el correaje; fundíanse balas; se hacían cartuchos; de largas distancias se traían piedras de chispa; afilábanse lanzas y sables; se empotraban bestias de silla y de carga, traídas desde Candelaria; se hacía requisición de albardas y aparejos, etc., etc. Ramírez fue el alma de todos estos preparativos; sólo él mandaba y todos obedecían. Dinero no hizo falta porque todo aquello fue una explosión de patriotismo. Del 30 de marzo al 5 de abril, Ramírez no entornó los ojos; y si pagó al sueño algún tributo, debió ser caballero en su fogoso y reluciente negro, o bien en su codiciada muía. Habiendo comenzado la faena el lunes ya tarde, el viernes a mediodía todo estaba aparejado para la marcha del ejército más numeroso que los costarricenses hasta entonces soñaran levantar". (Nota 11).

Además logró sacar tiempo para ir a increpar a aquel "palanganas" de José Santos Lombardo que siempre se inclinó del lado por donde apuntaba el triunfo y a José Rafael de Gallegos por estar dispuesto a pactar con los facciosos.

El 4 de abril marchó el ejército josefino contra Cartago con el objeto de impedir que el domingo 6 se llevara a cabo la jura del Imperio que el nuevo gobierno quería hacer con gran solemnidad.

Viene luego la batalla de Ochomogo en la que la oficialidad cartaginesa jugó un papel tan triste, ya que hasta don Joaquín de Oreamuno, que al ver cómo desertaban los jefes dio orden de matar a todo el que tratara de huir, optó también por escabullir el bulto. Es bueno recordar aquí que mientras los jefes se portaban con tanta cobardía, a excepción de don Félix Oreamuno, la tropa, es decir, los humildes soldados, permanecieron en su puesto.

Ramírez no quiso firmar la capitulación aceptada por el teniente La Cerda y el capellán Aguilar, por considerarla "odiosa y criminal" y que éstos acogieron, según el historiador Ricardo Fernández Guardia, "mareados por los argumentos especiosos de los unos, los ruegos de los otros y las exhortaciones de Fray Quintana". El caso es que Gregorio José Ramírez volvió de la batalla de Ochomogo trayéndose la capital de Cartago para San José. De este hecho dice lo siguiente don Ricardo Fernández Guardia:

"Es indudable que el traslado de la capital a San José fue un acto de conveniencia pública, sobre todo por el influjo que el espíritu liberal y progresista de esta ciudad debía ejercer en el gobierno, para el que habría sido una remora el ambiente retrógrado, frailuno y mezquino que reinaba en la vieja metrópoli colonial en aquella época".

¿Se aprovechó Gregorio José Ramírez de la situación? La ocasión era preciosa para un ambicioso, pero el joven capitán de mar no lo era.

El 16 de abril entró la Asamblea en sesiones extraordinarias y Gregorio José Ramírez terminó su dictadura que había durado diez días. Una vez cumplida su misión, se retiró de nuevo a Alajuela, y el 10 de diciembre de 1823, es decir ocho meses después de haber llevado a cabo su extraordinaria tarea, murió a los 28 años de edad. Cuando esa noticia se supo en Cartago, los católicos y aristócratas imperialistas que no perdonaban la derrota sufrida a aquel plebeyo contraamaestre de bergantín, mandaron a celebrar en la Iglesia de los Angeles una misa solemne de gloria para "la cual se invitó en décimas, acompañadas de alegre murga, pólvora abundante y repiques de campanas, en acción de gracias al Todopoderoso por la muerte de GREGORIO PRIMERO, zahiriente apodo con que el círculo más servil de la ex-capital había dado en llamar al Brigadier de Honor, Benemérito don Gregorio José Ramírez, el Héroe de las Lagunas y Restaurador de la libertad e independencia de Costa Rica". (Pedro Pérez Zeledón).

Dice también don Pedro Pérez Zeledón en su admirable artículo sobre Gregorio José Ramírez, que no hay constancia en los archivos de que su entierro hubiera sido una manifestación de duelo público y que apenas se le tributaron los honores de ordenanza. "Después sobrevino el olvido, de manera que hoy ningún monumento atestigua la gratitud de los costarricenses hacia su libertador; llegando a tal extremo la incuria, que ni siquiera se conoce el sitio exacto del cementerio donde reposan las cenizas del Héroe".



Estudiantes y obreros rodean la caja fúnebre de Carmen Lyra. Al fondo puede verse al escritor Carlos Luis Fallas. 20 de mayo de 1949.

UN GRAN CIVILIZADOR COSTARRICENSE

A principios de este siglo era familiar para los habitantes de San José, encontrar en las calles de la ciudad, al doctor Duran en su volanta, coche de dos ruedas con su capota de fuelle y tirada por un caballo. Es que antes los médicos visitaban a sus enfermos, no en automóvil como ahora, sino a caballo o en coche.

El doctor Carlos Duran era entonces un hombre que había pasado los 50 años, de cara grande y figura maciza. Casi siempre usaba un blanco y fino sombrero de pita.

¡Qué bueno hubiera sido que a los niños de esa época les hubiesen contado en la escuela que el doctor Duran era un empresario a la manera de Hércules, el de la mitología griega, y que estaba metido en trabajos que han ennoblecido la vida del pueblo de Costa Rica! A los niños les habría impresionado mucho, por ejemplo, que al enseñarles cosas de nuestra historia, les hubieran narrado aquella hazaña del doctor Duran, que consistía en haber encontrado al monstruo que debilitaba y mataba a nuestro pueblo. El monstruo a que me refiero es horrible, y todavía se le encuentra en muchos lugares de Costa Rica: pero ya no vive tan seguro como antes de que lo encontrara en su escondrijo el doctor Duran. Figuraos niños, que es un monstruo con una boca con ganchos como las brujas malas, que echa un veneno que deja a la gente sin ganas de mover un dedo.

También sería muy bueno que los maestros enseñaran a sus alumnos que un verdadero patriota es un hombre como el doctor Duran, que dedicó su vida a dar sentido en Costa Rica a la palabra "Independencia", al tratar de ennoblecir la vida del pueblo costarricense. Porque los niños de las escuelas, creen por lo que ven y oyen, que un patriota es un señor que pronuncia allá cada 15 de setiembre unos discursos muy sonoros, en los que a cada rato se oyen las palabras "patria" e "independencia".

Pero no nos adelantemos y hablemos primero del caballero que descubrió al monstruo en su escondrijo, y se puso a combatirlo con el empeño y la tenacidad que ponían los caballeros de las leyendas, que se iban por esas tierras de Dios a acabar con el dragón que se comía los habitantes de una población.

* * *

El doctor Duran era de los médicos que no se contentan con escribir recetas con unos garabatos que nadie entiende y que se traducen en unas medicinas que saben muy feo. No, que fue él un médico como deben ser los médicos, cuyo deber está en luchar, sobre todo, no con la enfermedad misma sino con las causas de las enfermedades que muy a menudo provienen de la miseria y de la falta de higiene.

También era él muy amigo de estudiar y leer los últimos libros y revistas que se publicaban en diferentes idiomas sobre medicina y cirugía, y de pasarse horas enteras mirando por el tubo del microscopio lo que había en los orines y en las heces de sus enfermos. Dicen que para la química no hay materia sucia.

Y ahora vamos a pasar volando sobre la vida del doctor Carlos Duran como unos pájaros sobre un territorio.

Veremos destacarse las montañas más altas, es decir los grandes hechos que llevó a cabo.

La madre y los dos niños

A los niños les parece muy extraño que las personas grandes hayan sido también chiquillos.

Cuando la guerra del 56, el doctor Duran era un niño de pocos años. Entonces San José, la capital de Costa Rica, era una ciudad pequeña muy sucia. Por todas partes se veían los montones de basura, desagües mal olientes corrían por media calle y no existían siquiera los horribles excusados de hueco. Las gallinas y los cerdos escarbaban los alrededores de lo que ahora ocupa el Teatro Nacional y la Catedral. No es extraño entonces que en una población tan poco limpia, la peste del cólera hiciera tantos estragos cuando la campaña del 56. En ese entonces el lugar en que se levanta el Edificio Metálico, era una laguna. Dicen que además de ser aquel un terreno bajo, los vecinos habían escarbado para hacer barro y fabricar adobes destinados a las macizas y anchas paredes de las casas. Parece que era éste un sitio húmedo en el que manaba agua a poca profundidad; además allí se depositaba el agua de la lluvia. Los chiquillos de los alrededores iban a la Laguna a navegar en un bote y a coger caracoles en las orillas. ,

Quizás el pequeño Carlos que vivía cerca de donde hoy está el Parque Morazán, iba con su hermanita Luisa a juntar caracolillos en las orillas de La Laguna. Porque el pequeño Carlos tenía una hermanita, la que, cuando yo escribo estas líneas, es una viejecita pulcra e inteligente, que se llama la niña Luisa. Ella es la que me ha contado muchos detalles de su hermano Carlos y también de su madre. La señora Ramona se llamaba esta admirable mujer que vivía prendida del trabajo para que a sus hijitos nada les faltara. Descendía de una familia Cartín de Heredia que dio unos herreros famosos en todo el país. Ellos habían fundido casi todas las campanas que desde la torre de los templos de Costa Rica llamaron en otros tiempos a los fieles a la oración; ellos fabricaban frenos de buen metal, ruedas de carreta, mazas para trapiches, aventadores de café para los beneficios, navajas finas para los gallos de pelea y centenares de los bueyes y bestias de silla y de carga que trajinaban por nuestros caminos, habían sido herrados por los Cartín. Me cuentan que a veces había filas de animales hasta de doscientas varas, esperando el turno de entrar al taller de los Cartín para ser herrados. El yunque de la herrería madrugaba más que los gallos: comenzaba a cantar a las cuatro de la mañana y eran las diez de la noche y todavía se oía su sonoro tin tan por todos los ámbitos de la tranquila ciudad de Heredia.

De abuelos acostumbrados a domar el hierro, salió este nieto amigo del estudio y tenaz en su trabajo que continuó la obra civilizadora de sus antepasados que facilitaron la vida del pueblo al cual pertenecían, al proporcionarle útiles instrumentos de hierro.

La señora Ramona era también trabajadora incansable: pero sus materiales eran el maíz, la harina de trigo y el azúcar. Ella hacía grandes ollas de tamales de aliñada masa; canastas de rosquetes que se deshacían en la boca; redondos bollos de un pan dulce de corteza morena y tostada y miga amarilla a fuerza de yemas de huevo; rompopo espeso con su canela y su clavo que pasaba por el paladar como una gloria; unos peroles de confites por el estilo de los que venden en cartuchitos en las fiestas: unos confites grandes y blancos como azahares, con un corazón de canela o de cacao, de almendra, de marañón o de tostada semilla de chiverre. ¡Qué rico todo lo que hacían estas laboriosas manos de mujer! Y con el fruto de su trabajo sostenía a sus hijos a quienes nada les faltaba.

Me cuenta la niña Luisa, que la madre mandaba al niño con una cestita a comprar especias para las golosinas que confeccionaba, al establecimiento de Velarde que estaba en la esquina que hoy ocupa el Almacén de Robert, y que al niño le gustaba pararse de camino a curiosear en la puerta de la escuela de la "maestra Reducinda" contigua a la iglesia del Carmen. Seguramente le llamaba la atención el canturreo de los chiquillos que aprendían el b, a, ba en la cartilla o que decoraban en el

Catón. Y en la "escuela de las Redusas" aprendió a leer el muchachito, mediante una módica paga. Los josefinos llamaban la "escuela de las Redusas", a aquel primitivo templo del saber, regentado por dos viejas doncellas, una de las cuales se llamaba Reducinda.

El estudiante

Tenía una madrastra muy buena que no era como las madrastras de los cuentos que son malas. Ella se había dado cuenta de que el muchacho era inteligente y que ganaba buenas notas en la escuela y en el colegio. Entonces se interesó que se le mandara a Europa. Si el padre, que era comerciante y quería que siguiera el mismo camino, se negaba a mandarlo, Ja señora vendería sus joyas y otros haberes para costearle la educación en el extranjero. Muy a menudo detrás de la vida de un hombre ilustre, hay una mujer que le ayuda: la madre, la esposa, la hermana, la hija. Pero el padre consintió, y el joven fue a Europa a estudiar para médico. Estuvo en Francia y en Inglaterra. En Inglaterra entró a trabajar en un hospital famoso, con médicos eminentes. Se distinguió tanto en sus estudios, que en una ocasión se ganó 40 libras esterlinas que ahora serían más de mil colones. ¿Y en qué creen ustedes que los gastó?, ¿en divertirse? Pues no. Los empleó en comprar un lindo brazalete para su madrastra buena, que había sido como una madre con él y a quien le debía la carrera de médico que estaba haciendo.

Regresa a Costa Rica por ahí de 1877 con un título de médico. Casó con una señorita costarricense que se llamaba Lola Quirós y fundaron un hogar.

El Hospital San Juan de Dios

Una de sus primeras empresas de médico que quiere cumplir honradamente con su deber, fue la de reorganizar sobre un pie más científico que caritativo el Hospital San Juan de Dios. En aquella época, este tan hermoso hospital que es uno de los mejores de América Central, apenas si ocuparía la décima parte de lo que hoy ocupa con sus amplios salones y sus bellos jardines. Figúrense ustedes niños que entonces no había allí sala de operaciones y los médicos cortaban piernas o brazos y abrían estómagos en las mismas salas de los enfermos, a vista y paciencia de éstos, que veían horrorizados correr la sangre. Tampoco tenía excusados de agua como ahora, sino unos excusados de hueco, hediondos y llenos de moscas y zancudos. El doctor Duran quizá pensó con angustia en todo esto mientras iba a visitar sus enfermos.

Había que construir más salones y una sala de operaciones y había que acabar con aquellas horribles letrinas. Se necesitaba también que hubiera un laboratorio para que los orines y las heces de los enfermos pudieran ser examinados a fin de que los médicos supieran cuándo por ejemplo, aquéllos contenían azúcar y éstas parásitos intestinales, lo cual les serviría de guía para el tratamiento que deberían seguir. Y la sala y el laboratorio se hicieron y las letrinas comenzaron a desaparecer, porque así lo quería la voluntad del doctor Duran.

El Asilo Chapuí

¿Creen ustedes que siempre ha estado en el Paseo Colón, el Asilo Chapuí con sus lindos jardines y sus pabellones? No, niños. Cuando el doctor Duran comenzó a ejercer la medicina, en ese mismo lugar no había más que solares y cafetales. Antes, a los locos los tenían en las casas amarrados con cadenas, como si fueran perros o andaban sueltos por las calles, perseguidos por la chiquillería o por los adultos ignorantes. Dicen que en una ocasión el doctor Duran tuvo que ir a visitar unos enfermos a la cárcel y que allí se encontró con unos locos dentro de una jaula de hierro. Y ya él no volvió a tener gusto. Había que hacer algo por los dementes. Allí estaba ante su conciencia de médico una nueva empresa: la de fundar un hospital de enfermos mentales. ¿Pero el dinero para llevarla a cabo? Fue en ese tiempo que se creó la Lotería del Asilo Chapuí que suministró los fondos para la

realización de esta gran obra y también para ayudar al Hospital San Juan de Dios. En 1890, cuando el doctor Duran ocupaba la Presidencia de la República, se inauguró el Asilo para dementes que él concibiera el día que vio en la cárcel pública los locos dentro de jaulas de hierro.

El Sanatorio Duran

¿Y sabían ustedes que el Sanatorio Duran se llama así porque fue obra de las empresas que concibió y llevó a cabo el doctor Duran?

En 1921, cuando era Diputado al Congreso de la República, comenzó a dar forma a su idea de un sanatorio para tuberculosos. Se escogió un lugar cerca de Tierra Blanca, en las faldas del Irazú. Hubo que comenzar desde limpiar el terreno hasta llevar los materiales de construcción con bueyes por aquellas veredas empinadas buenas sólo para cabras. Cuando ustedes pasen en automóvil por la magnífica carretera que lleva al Volcán Irazú, piensen en lo difícil que fue para el doctor Duran hacer subir por aquellas cuestas, la madera y el zinc para los primeros pabellones del Sanatorio.

Por fin en 1928 se puso al servicio de los costarricenses y de la humanidad aquella fortaleza contra la enfermedad producida por un animalito microscópico que se llama bacilo de Koch.

La higienización de San José

En 1903 visitó el doctor Duran en los Estados Unidos una pequeña ciudad llamada Liberty que daba gusto de limpia y que tenía un magnífico servicio de cloacas. Se acordó de San José con sus malolientes letrinas, tan sucia y tan insalubre. Buscó al ingeniero que había contribuido al saneamiento de Liberty y se informó acerca de los tanques sépticos donde iban a parar las aguas contaminadas de la población y en donde éstas se vuelven inofensivas. Había que higienizar a San José. Y el doctor se puso a escribir desde allí para los periódicos de Costa Rica, en los que decía que era preciso acabar con las horribles letrinas que hacían tan insalubre la capital: que a su regreso metería el hombro a esa empresa. Y en efecto, cuando volvió se puso a la obra desde la Municipalidad de San José. Se hicieron las plantas para recibir las aguas sucias de la ciudad y se tendió la red de tubos de las cloacas bajo las calles. A partir de entonces, los hediondos excusados de hueco, comenzaron a desaparecer y la ciudad de San José se fue haciendo más higiénica. Después de eso, otras poblaciones de Costa Rica han emprendido su obra de saneamiento y han ido terminando con las letrinas.

La Malaria o Paludismo

El paludismo fue otra enfermedad que estudió el doctor Duran y contribuyó mucho a que los médicos se acostumbraran a examinar al microscopio, la sangre de enfermos atacados de fiebres, para saber si tenían o no malaria. Es que en la sangre de los palúdicos están los animalitos chirrisquiticos que producen las fiebres.

La Anquilostomiasis

Y aquí vienen el encuentro y la lucha del doctor Duran con el monstruo de que hablé antes, y que mataba miles de personas en Costa Rica, después de haberlas hecho penar mucho tiempo.

Había en Costa Rica una enfermedad muy mala que estaba acabando con las fuerzas y con la vida de nuestros campesinos. Los médicos, a falta de saber la causa, decían que se llamaba "caquexia palúdica". Un nombre algo ridículo para los que no sabemos de estas cosas. El pueblo la llamaba "cansancio", simplemente.

El doctor Duran pensó que no bastaba llamar "caquexia palúdica" a la enfermedad que estaba debilitando el pueblo costarricense. Morían muchos y se sabía que había más de 200.000 personas atacadas de ese mal. Podía ser una enfermedad infecciosa. A él se le parecía a la enfermedad que había atacado a los hombres que abrieron el túnel de San Gotardo. Era producida por un animalito del grueso de una hebra de hilo y de un centímetro de largo, con una boca armada de ganchos, por lo que le habían dado el nombre de anquilostoma que en griego quiere decir eso: boca con ganchos. Entonces, en vez de descansar en su casa cuando había terminado de visitar a sus enfermos, se ponía a mirar por el tubo del microscopio, las heces de los atacados de cansancio, o a estudiar los resultados de las autopsias hechas en los cadáveres de los que habían muerto de esta enfermedad.

Y mirando a través de los lentes del microscopio, dio con el monstruo.

¿Creían ustedes que se trataba de un monstruo más grande que la Catedral y que vomitaba fuego como los que matan los valientes de los cuentos? Figuraos que el monstruo a que me refiero, era también chiquitico como el anquilostoma, del grueso de una hebra de hilo, y de un centímetro de largo: pero con la tarasquita de bruja mala armada de cuchillas en vez de ganchos. ¡Y qué daño hacía no sólo en Costa Rica sino en todos los países tropicales! Un monstruo de cien cabezas no lo habría hecho mayor. Había machos y hembras que vivían muy contentos en el excremento, y las hembras ponían huevos como las gallinas.

Los huevos se podían ver muy bien en el microscopio y también su evolución. El doctor Duran comprobó que éstas no se desarrollaban en el agua pero sí en la tierra húmeda en donde se convertían en una especie de lombricilla que puede meterse en el cuerpo de la gente por los pies descalzos. Con sus filosas cuchillitas hieren la piel y abren así puertas sin que nadie los oiga. Luego se escurren como unos ladrones que van a robar el tesoro de la vida humana.

¡Y qué activas son estas larvas que se meten en las venas y por ese camino suben al corazón y a los pulmones y luego pasan a los intestinos! Se prenden de las paredes de éstos con su boca armada de navajas como los asesinos, hacen heridas en ellos y echan un veneno que se va por la sangre y produce la anemia que acaba con la fuerza de los individuos. Este monstruo se llama en la lengua que hablan los científicos, *necatur americanus* que quiere decir "Asesino americano". Y a la medicina que dan para destruirlo se le da el nombre de necatorina. El doctor Carlos Duran había dado con la causa del "cansancio" en Costa Rica.

Ya no se andaba a oscuras. El camino estaba abierto para combatir el mal. Y no se contentó con descubrir la causa, sino que con aquella gran voluntad suya, emprendió una cruzada en todo el país para combatir el anquilostoma en donde estuviera. El gobierno del Presidente don Ricardo Jiménez le prestó eficaz ayuda en esta campaña antianquilostomática. Se montó un laboratorio para analizar las heces y se mandaron comisiones a los lugares en donde la gente estaba atacada de "cansancio". Dice el doctor Pupo que por datos que ha recogido fue el doctor Duran el primero en descubrir la anquilostomiasis en la América Tropical y en Costa Rica.

Pero todavía queda mucho por hacer y los niños de hoy tienen el deber de terminar la gran obra que inició el doctor Duran contra el anquilostoma. La miseria y la ignorancia han ayudado en gran parte a mantener vivo al monstruo de boca armada de cuchillas que se prende en los intestinos y echa su veneno en la circulación de la sangre.

La Escuela de Enfermeras

Otra de las empresas del doctor Duran fue la fundación de la escuela de enfermeras.

Al ver en el Hospital de San Juan de Dios que los enfermos eran cuidados por gente ignorante, pensó en la importancia de crear una escuela de enfermería y él mismo se puso a enseñar anatomía y fisiología sin cobrar nada. También el doctor Duran fue Diputado al Congreso de la República, Secretario de Estado y seis meses Presidente de la República.

Dicen que fue un buen Presidente de Costa Rica; que en este corto tiempo hizo por el bien de su patria lo que otros Presidentes no han hecho en cuatro años.

Y no crean ustedes niños, que todos sus trabajos fueron cosa fácil. Muchos obstáculos se levantaron en su camino, pero él los fue echando abajo o los fue rodeando armado de su gran voluntad.

Acabó su vida sobre el yunque

Un día al volver de su trabajo en la tarde, se sintió enfermo y murió pocos días después. Acabó su vida sobre el yunque.

El decía que "el hombre que no trabaja no debe existir". Seguro que la gente que vive a expensas del trabajo ajeno, se le parecía a los parásitos que viven pegados a los intestinos de la gente.

Cuando murió, contaba 75 años, había trabajado fuerte durante medio siglo. Y las grandes empresas de su vida fueron para mejorar la vida del pueblo costarricense.

ENSUEÑOS DE NAVIDAD

JUGUETE

PERSONAJES

La abuela, dos nietecitos; un niño y una niña como de seis y cuatro años respectivamente. La Nochebuena, Caperucita, Pulgarcito, Cenicienta, Blanca Nieves, Aladino, Tío Conejo, La Cucarachita Mandinga, Una Hada Viejecita, Dos Gnomos.

ACTO UNICO

La escena representa un dormitorio con dos camitas. Adosado en la pared del fondo un armario. En una esquina una mesa cubierta con un tapiz. Puertas a la derecha y a la izquierda. En el foro una ventana que da a la calle.

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va ...
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

(Al levantarse el telón, los dos niños, con vestidos de dormir, jugarán ruidosamente, en sus camitas).

La abuela:—Ahora a dormir mis muchachitos.

Los niños:—Todavía no, todavía no . . . Otro ratico, mamita Juana.

La abuela:—Entonces el Niño de repente pasa derecho. Como oye bulla. . . Para que entre, todo debe estar en silencio.

(Por la ventana entran ruidos alegres y la música de una guitarra que acompaña una voz que canta).

La voz:—

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va ...
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

(La abuela se pone un dedo en los labios para que los niños callen; tiene un aire pensativo) .

La abuela:—(Canta en voz baja).

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

La niña:—¿Qué decías, abuelita?

El niño:—¿No ha oído? (Canta).

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

(Otra vez entran en la habitación los acordes de la guitarra).

(Canta palmoteando)

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va . .

La niña:—(Canta)

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

La abuela:—Bueno, yo qué ... el Niño va a pasar derecho . . . Los niños:—No, no . . . si ya nos vamos a dormir.

(Se arrodillan, se persignan y rezan el Padre Nuestro. Luego se acuestan y la abuela los abriga).

La niña:—Si el Niño no me trae la cocinita que le pedí, mañana no dejo que mamá me peine.

El niño:—¿Mamita Juana, me traerá la linterna mágica?

La abuela:—Quién sabe . . . Como el Niño está tan pobre este año.

La niña:—Mi bebé que sea con pelo de deveras y que cierre los ojos. Dígaselo al Niño, mamita Juana, ¿oye? Dígaselo Ud. al Niño.. . pero dígaselo.

La abuela:—Bueno, mi hijita, bueno. Pero duérmase porque si el Niño oye el menor ruidito, pasa derecho.

El niño:—(Con voz adormilada) ¿Cómo a qué hora vendrá?

La abuela:—Cuando Uds. estén dormidos.

La niña:—Pero que mi bebé sea . . . con . . . pelo . . .

(Los niños se duermen). La Abuela los abriga bien, va a la ventana y durante un rato se queda oyendo la alegría de la calle; luego con voz llena de melancolía canta:

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

(Sale por una de las puertas). Después que ha salido la habitación se ilumina poco a poco con una luz azul. Por la otra puerta entra la Nochebuena danzando en la punta de los pies. Es una muchacha envuelta en velos negros recamados de lentejuelas, cascabeles y campanillas. En las manos trae una pandereta. Danza frente a las camitas y canta:

Yo soy la Nochebuena
lará, lará, lará.
La alegre Nochebuena
lará, lará, lará.

(Llegan los sonos de la guitarra. La Nochebuena viene al frente y canta acompañándose con su pandereta).

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va ...

Nochebuena:—(Busca por los rincones). ¡Ca-perucita! ¡Caperucita! ¿En dónde estás Caperucita Encarnada?

Caperucita:—(Sale de debajo de la cama de la niña, con su caperuza y su cestecilla en la que están el bollo de pan y el tarrito de manteca; trae en la mano un ramillete). Aquí estoy, señora Nochebuena. Voy a llevar a la abuela este bollo de pan y este tarrito de manteca, de parte de mi madre. En el bosque he encontrado un lobo que ha sido muy cariñoso conmigo y me ha dado este ramo. (Canta).

¡Qué lindas flores,
qué suaves olores!
¿Por qué dice madre
que el lobo es malvado,
si aquí en la manita
de Caperucita
un beso muy dulce
muy dulce ha dejado?

Nochebuena:—Di, Caperucita, ¿sabes algo de Almendrita ?

Caperucita:—Sí, la vi en el arroyo; iba embarcada en una hoja y una mariposa le servía de vela. No quiso decirme hacia adonde se dirigía . . ,

Nochebuena:—¿Y Pulgarcito ?

(Se oyen Voces dentro de un armario y una voz que dice) :

Pulgarcito:—Aquí estoy . . . aquí estoy . . .

(La Nochebuena abre el armario y sale Pulgarcito vestido como dice Maeterlinck, cal-zoncito rojo-bermellón, corta casaca azul-celeste, medias blancas, zapatos de cuero leonado. Viene cargado con las Botas de Siete Leguas).

Pulgarcito:—(Lanza al aire su gorrita). ¡Salud, señora Nochebuena!

Nochebuena:—(Besa a Pulgarcito en las dos mejillas. Caperucita y Pulgarcito se besan y se abrazan).

¿Y tus hermanos, Pulgarcito?

Pulgarcito:—Se fueron con el Gato con Botas .. El Gato con Botas les contó que en el bosque hay una casita de turrón . . . Yo no fui porque tenía dolor de estómago. Mañana voy.

Caperucita:—¿Me llevarás, Pulgarcito?

Pulgarcito:—Bueno, pero cuidado con cansarse.

Caperucita:—No, si yo soy muy valiente para caminar. (Brinca de alegría). ¡Qué rico! ¿Y le podré llevar a la abuela un pedazo de turrón?

Pulgarcito:—¡Claro, si toda la casa es de turrón! (Llaman a la ventana).

Una voz desde el exterior:—Aquí vengo, soy el Niño-Dios. (La Nochebuena abre de par en par la ventana. Dentro salta Tío Conejo con resplandor en la cabeza).

Tío Conejo:—(Entra con aires de importancia, jadeante y afanoso, limpiándose el sudor con el brazo). Ya no echo ... A uno le toca repicar y andar la procesión.. .

Nochebuena:—¿En qué afanes andas, tío Conejo ?

Tío Conejo:—Tío Conejo, tío Conejo. ¿No tiene ojos? ¿No ve que soy el Niño-Dios? Ando repartiendo juguetes. Vengo a esta casa a dejar a estos chacalincillos cualquiera cosilla. (Se registra los bolsillos y saca una corneta).

Caperucita:—¡Oigan eso! ¡El Niño-Dios! Si eres tío Conejo.

Pulgarcito:—¡Miren! ¡El Niño-Dios! ¿Acaso el Niño-Dios tiene orejas así?

Tío Conejo:—¿Adió, y esas cachas? (Señalándose el resplandor). ¿Y esto no es nada?.. . ¿Verdad? No es nada, fíjense .. . (Se abre la puerta y entra sofocado el Niño Jesús, con un gran saco al hombro).

Niño-Dios:—Tío Conejo, dame mi resplandor.

Tío Conejo:—¿Cuál resplandor?

Niño-Dios:—Pues el mío, ese que tienes puesto, y que me lo cachaste allí a la vuelta.

Nochebuena:—¿Y eso qué es, tío Conejo?

Tío Conejo:—(Hace señas al Niño-Dios para que calle). No, viejito, si era por molestar. (Aparte). ¡Qué gran vaina! (Se quita el resplandor que ciñe de cualquier modo en la cabeza del Niño-Dios).

Nochebuena:—(Arregla el resplandor al Niño y le acaricia los cabellos). ¡Oh! Niño Jesús, inocente y bueno. ¿Cómo pudo caber en esa cabecita la idea de juntarte con tío Conejo, el más picaro de todos los habitantes del planeta?

Niño-Dios:—Si él también es mi hermano . . . Me salió al paso, me preguntó si podía acompañarme, se ofreció a servirme de guía, me contó que era muy rico, y luego trató de quitarme el saco de juguetes. .. Como yo me opuse, se apoderó de mi resplandor y echó a correr gritando: —¡Ahora soy el Niño-Dios!

Tío Conejo:—(Se va a un rincón con la cara vuelta a la pared). ¡Carachas con el Niño-Dios más acusetas! Me las va a pagar. (Mira al grupo con el rabillo del ojo).

Niño-Dios:—(Se acerca a tío Conejo). Ven, tío Conejo, ven, no te enojés. Si quieres mi resplandor, te lo doy. Eso no tiene importancia, me lo han puesto los hombres. (Coge de una mano a Tío Conejo y lo lleva a donde están los demás. Tío Conejo finge un aire humildísimo).

Nochebuena:— (Coge a Tío Conejo por una oreja). ¡Ven acá, gran zamarrico, picarón, mala persona! ¡Quién lo ve que no quiebra un plato! (Tío Conejo deja su aire de víctima, levanta los ojos hacia la Nochebuena y prorrumpe en una carcajada; luego le arrebatada la pandereta y danza. Todos se ponen a danzar en torno de la Nochebuena y a cantar).
La Nochebuena se viene la Nochebuena se va ...

(En la calle el coro responde):

Y nosotros nos iremos y no volveremos más.

Cenicienta:— (Sale de detrás de una de las camas luminosa y bella). ¿Habéis visto en alguna parte mi zapatito de cristal ? ¿Alguno de vosotros lo ha visto? (Pregunta acongojada y llorosa).

Pulgarcito:—¡María Cenicienta! ¡Miren a la cenicientilla! ¿Pero de dónde sales ahora?

Nochebuena:—(Atrae a Cenicienta y le hace cariño). Bienvenida querida niña.

Caperucita:—¡Qué linda es Cenicienta! (Le toma una mano con ternura) ¿Cenicienta, me conoces?
Yo soy Caperucita .. .

Cenicienta:—¿Eres Caperucita? ¡Tanto te he oído nombrar! ¡Qué cosa más encantadora eres, Caperucita! (La levanta en los brazos; Caperucita ríe a carcajadas; pone a Caperucita en el suelo y vuelve a preguntar ansiosa): ¿No habéis visto en alguna parte mi zapatito de cristal ? Uno lo tengo guardado en mi cofre pero el otro lo perdí. Bailaba con el príncipe, cuando sonaron las doce de la noche .. . salí corriendo y dejé uno de mis zapatitos de cristal en la escalera ... (Llora).

Tío Conejo:—Pues yo no lo he visto . . . Palabra que no lo he visto.

Pulgarcito:—Pues quién sabe, tío Conejo, cómo anda eso .. . No me la haces buena . . . Hay sospechas . . .

Tío Conejo:—¿Y esas cachas ? ¿Acaso yo voy a bailes? ¿Que se perdió esto? Pues, Tío Conejo. ¿Que se perdió lo otro? Pues Tío Conejo. Ya me cogieron de mona. (A Cenicienta). Está muy bueno que se te perdiera. Me habría gustado que fueran los dos. ¡Muy bonito! Una señorita a medianoche, sola en un baile . . . (Se dirige a todos). Y si no se convencer vean. (Se saca los bolsillos). Ya ven, no tengo nada. ¿Por qué no le registran el saco al Niño?

Caperucita:—¡ Qué bárbaro!

Tío Conejo:—¡Sí, qué bárbaro! ¿Y qué fue que cuando pegaron de mí no dijiste qué bárbaro ?

Cenicienta:—(Llorando). Ya perdí la esperanza de encontrarlo.

Pulgarcito:—No afligirse, Cenicienta, aquí están mis botas. ¿La de cuál pie quieres?

Cenicienta:—(Acariciándole las mejillas). Gracias, Pulgarcito, ¿no ves que son muy grandes para mi pie? Mira.

Tío Conejo:—¡Ay Jesús! ¡Qué páticas tiene la niña! Si caben en un hollejo de frijol.

Pulgarcito:—No le hagas caso, Cenicienta. Mis botas son encantadas, ¿no sabes? Si te las pones, se ajustarán a tu pie que cabe en un pétalo de rosa.

Cenicienta:—Pero para caminar siete leguas de un paso ¿Podré con ellas realizar los milagros del amor? ¿No sabes que el amor está formado de cosas pequeñas y delicadas? Con tus botas, les pasaría por encima sin verlas. Tal vez pasaría por donde está el príncipe de mi corazón, sin darme cuenta. Para llegar a donde él está, necesito mis zapatitos de cristal.

Niño-Dios:—Sí, dices bien, Cenicientilla. Tus botas, Pulgarcito, eran de un ogro, y han servido para perseguir a los débiles y maltratarlos. Sólo conocen caminos oscuros y enlodados. Mientras que tus zapatitos no conocen más que el camino luminoso que te llevó a tu príncipe. Sigue buscando tu zapatito formado con los pedacitos que se le arrancaron a una estrella. No importa que en buscarlo emplees toda tu vida.

Nochebuena:—Sí, no importa. Ese zapatito de Cenicienta es como una estrella. Y reyes hubo que dejaron su país y sus riquezas por seguir una estrella que los guiaba hacia el amor. Que el recuerdo de tu zapatito sea como aquel lucero para ti, Cenicienta.

Tío Conejo:—¡Ay!, ¡qué niña más melindre es la tal Cenicienta! Pues si ella no quiere tus botas, Pulgarcito, yo sí. (Trata de calzárselas; Pulgarcito se lo impide).

Pulgarcito:—Sí, no era más .. .

Caperucita:—Si estuviera aquí Aladino. El sabría encontrar con su lámpara maravillosa, tu zapatito, Cenicienta.

Tío Conejo:—Van a seguir con el tal zapatito.. . ya me tiene aburrido . . . (Sin que lo vean se calza las botas de siete leguas y se escapa; así que ha salido, Pulgarcito lo echa de ver y corre tras él; Pulgarcito vuelve a entrar desconsolado).

Pulgarcito:—(Compungido). ¡Se llevó mis botas ese tío Conejo!

Nochebuena:—¡Oh, tío Conejo! Es listo... ¿Y quién lo coge ahora? (Consuela a Pulgarcito. Lllaman a la puerta).

Una voz desde afuera:—Upe, upe. (Caperucita corre a abrir. Entra la Cucarachita Mandinga llena de lazos y de encajes y dándose una mano de polvos en el rostro).

Cucarachita:—Buenos se los dé Dios. ¿Y cómo les va yendo?

Nochebuena:—Dichosos ojos, Cucarachita Mandinga. (Todos la saludan y la agasajan).

Niño-Dios:—Erase una vez una cucarachita Mandinga que barriendo la puerta de su casita se encontró un cinco . . .

Caperucita:—¿Y Ratón Pérez?

Pulgarcito:—¿No sabes que quedó viuda? Lo dejó cuidando una olla de arroz de leche y por goloso se cayó entre la olla hirviendo, y ... (La Cucarachita llora). *Nochebuena*:—Niños, niños, qué ocurrencia, ¿para qué recordar su dolor?

Pulgarcito:—No llores, Cucarachita Mandinga, que yo por ser Pulgarcito, me cortaré un dedito.

Caperucita:—No llores que es Nochebuena. Cantemos. (La Cucarachita trata de borrar con la mota de los polvos, las huellas del llanto).

Caperucita:— (Canta).

La Nochebuena se viene. . .

(Todos cantan y danzan en ronda).

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va . . .

(Entra tío Conejo a horcajadas en los hombros de Aladino que viene vestido con traje de chino. Tío Conejo trae calzadas las botas de siete leguas).

Tío Conejo:—¡Viva yo! Aquí está Aladino con su lámpara maravillosa. (Se deja caer de los hombros de Aladino. A la interrogación muda que hay en el gesto de todos responde) : Sí, como los vi con tantas aquellas porque a Cenicienta se le había perdido un zapato, que el zapato de vidrio por aquí, que el zapato de vidrio por allá, y como Cenicienta no hace más que hacer cucharas por el tal zapato ... Y como eso no debe ser en una noche como ésta, me encajé las botas de Pulgarcito y me las chiflé para la gran China a traer este palomo y su lámpara maravillosa.

Aladino:—Sí, a vuestras órdenes, señoras mías.

Caperucita:—¡Qué dicha! (Salta de alegría). Es que a Cenicienta se le perdió uno de sus zapatitos de cristal y . . .

Tío Conejo:—Calíate, chacalincilla, no te metas en la conversación de los mayores. (La aparta); que hable la dueña del zapato . . . Es un cuento de un baile, de un príncipe, de una carrera por una escalera ... yo no entiendo.

Nochebuena:—Ven, Aladino, para explicarte. (Lo lleva aparte y hablan en voz baja).

Tío Conejo:—¡Quién dispone! ¡Zapatos de vidrio! Eso sólo para andar en alfombras y no para echar carreras. (Contempla y toca los pies de Cenicienta). ¡ Miren allá qué mirrusquitas!

Aladino:—(A Cenicienta). Mi lámpara hace maravillas, es cierto; construye palacios en una noche, hace poderoso a su dueño, pero no podrá traer tu zapatito de cristal, Cenicienta. Eso te lo traerá a su hora el amor. Espera, Cenicientilla, espera . . .

Cucarachita:—¡Achara el zapatito! ¿Si lo encuentras, me prestas los dos para ir a un baile?

Caperucita:—(Canta).

¡Zapatito, zapatito,
zapatito de cristal!
¿Dónde estás, que Cenicienta,
ya se cansa de buscar?

(Todos, menos tío Conejo y el Niño, hacen una ronda y cantan la misma estrofa en torno de Cenicienta. El Niño desamarra su saco y saca juguetes. Tío Conejo se ha apoderado de la cesta de Caperucita, destapa el tarro de mantequilla, unta el pan y lo mordisqueea. Luego va a donde el Niño, le unta la nariz de mantequilla y sigue mordisqueando el bollo. Pulgarcito sorprende a tío Conejo).

*Pulgarcito:—*Mira, Caperucita, a tío Conejo.

Caperucita:—(Corre a rescatar sus haberes). Mire, señora Nochebuena, a tío Conejo; se está comiendo el pan que le llevo a mi abuela.

Nochebuena:—(Acude presurosa y tira de las orejas a tío Conejo). ¡Ven, malportado, arrodíllate aquí y no te muevas!

*Tío Conejo:—*Aja, sólo a mí y al Niño nada . . .

Niño-Dios:—¿Y a mí por qué?

*Tío Conejo:—*Sí, sí. . . ¿Y a mí por qué ? Vayan y le verán la nariz como la tiene. (Aparte). Me lo tiré . . . (Todos se acercan al Niño a verle la nariz).

Cucarachita:—(Asombrada). ¡Hijo de Dios! Si la metió toda en el tarro . . .

Nochebuena:—¡Aja, zamarrico, a arrodillarte, a arrodillarte tú también . . . Golosos!

Niño-Dios:—(Se arrodilla con aire de víctima). ¿No ven qué fue: que tío Conejo me untó la nariz de mantequilla a la traición ?

Caperucita:—¿Niño Jesús, me quieres dar permiso de ver los juguetes que traes en tu saco ?

Niño-Dios:—(Sollozando). Sí, Caperucita . . . sí . . . pero dile a la Nochebuena que fue que tío Conejo me untó a la traición.

Caperucita:—(A la Nochebuena). Oiga, señora Nochebuena, si fue que ese tío Conejo le untó la nariz al Niño para que pegaran de él. . .

*Nochebuena:—*Está bien, que se levante el Niño. (El Niño se levanta).

*Tío Conejo:—*Se me olvidaba contarles, que por allí no más me encontré con Blanca Nieves y los enanillos. Voy a ver qué se hicieron. . . (Corre hacia la puerta y de paso coge la lámpara de Aladino. Este lo sorprende y trata de quitársela).

*Aladino:—*Ah, ¡gran ladrón! (Tío Conejo sale perseguido por Aladino).

Nochebuena:—¡El señor me da paciencia con este tío Conejo! (Todos comentan escandalizados la conducta de tío Conejo).

Uno de los niños:—(En sueños). ¡Caperucita! ¡ Caperucita!

Caperucita:—(Acude y se inclina sobre los niños dormidos). Señora Nochebuena, oid lo que quiere la niña: un bebé con pelo de deveras y que cierre los ojos. Venid, señora Nochebuena, arrulladlos, están inquietos.

Nochebuena:—(Se coloca a la cabecera de la cama de la niña y canta).

Arrurrú, mis muchachitos,
aquí está la Nochebuena,
con sus tambores y pitos
y en el alma ni una pena.

(Todos rodean la cama de los niños. Llaman a la puerta. Abre Pulgarcito y aparece tío Conejo dando la mano a Blanca Nieves y a los duendes).

Tío Conejo:—(Entra). Uf. ¡Qué cansado que vengo! Si no llego a tiempo, a esta muchacha se la lleva Barba Azul. (Todos rodean y dan la bienvenida a los recién llegados) .

Blanca Nieves:—¡Qué contentos estáis! ¡Buenas noches!

Tío Conejo:—Buenas patas tiene tu caballo, Blanca Nieves. Buenas patas tienen los caballos de Uds., duendecillos.

Cucarachita:—Qué lindo tu traje, Blanca Nieves. ¿En dónde lo compraste? Yo quisiera tener uno igual. . .

Blanca Nieves:—Mañana te lo mando, Cucara-chita coqueta. Es un regalo de mi príncipe, pero para mí es una dicha el ofrecértelo.

Cenicienta:—(Ansiosa). ¿Cuál príncipe?

Blanca Nieves:—Pues mi esposo.

Cenicienta:—(Más ansiosa) ¿Cómo es tu príncipe?

Blanca Nieves:—Su cabello es rojo y ensortijado; sus ojos tienen el color de las avellanas. Es alto, esbelto, gentil.

Cenicienta:—Entonces no es el mío. Mi príncipe es alto y esbelto como el tuyo, pero su cabello es onda de oro y en su pupila se refleja una flor azul.

Tío Conejo:—(Tira de la barba a uno de los duendes). ¡Tan chiquitillo y con barba! (El duende chilla y quiere vengarse).

Niño-Dios:—Paz, haya paz.

Gnomo:—Fue que me jaló muy duro.

Blanca Nieves:—No molestes a mis duendeci-tos, tío Conejo. ¡Los quiero tanto! No sabes lo buenos que fueron para mí cuando mi madrastra me mandó a perder en el bosque. (Los duendes curiosean por la habitación).

Un Gnomo:—Mirad lo que está aquí.

Pulgarcito:—(Corre al rincón en donde está el duende). ¡Es una nanita!

Niño-Dios:—Es una hada viejecita. (La toma de una mano y la conduce frente a la Nochebuena) .

Nochebuena:—¡Salud, señora hada!

Hada:—¡Salud, Nochebuena!

Caperucita:—¿Es Ud. el hada que hizo dormir cien años a una princesa?

Uno de los niños:— (Sueña). La Bella Durmiente del Bosque . . .

Hada:—No, soy el hada que condenó a la muchacha malhumorada y grosera a echar por la boca sapos y culebras cada vez que hablara y a la muchacha dulce y bondadosa, le concedí el don de que brotaran de su boca, a cada una de sus palabras amables, rosas y brillantes y perlas.

Niño-Dios:—Pobrecita la una y dichosa la otra. ¿Si yo le ayudara a ser como su hermana, dulce y bondadosa, la perdonaría, señora hada ?

Hada:—Sí, ¿por qué no?

Caperucita:—¿Y echará también rosas, perlas y brillantes por la boca?

Hada:—Sí, sí. (Caperucita salta de alegría).

Niño-Dios:—Ayudadme todos a colocar los regalos de los niños. (Todos acuden). Pues este bebé lo vas a poner, Caperucita, en la cama de la niña. Y esto (una dulzaina) colócalo, tío Conejo, en la del niño. (La toma tío Conejo, hace que la va a llevar al lugar indicado, pero la esconde en el pecho) . Y tú, Pulgarcito, lleva al niño la linterna mágica que tanto desea. (Sigue dando juguetes para que se los pongan en las camas. Cierra el saco). Voy en busca de otros niños que duermen a llevarles los juguetes. Vendréis conmigo. (Todos se disponen a seguir al Niño. Se oye el ruido de una puerta que se cierra allí cerca. Se muestran inquietos).

Nochebuena:—(En voz baja). Ha sido el viento.

Un duende:—(Con el oído atento). Alguien viene . . . (La luz se va apagando. La habitación queda a oscuras. Todos desaparecen. Pasan por la calle gentes alegres. Llegaba otra vez la música de la guitarra que acompaña la voz que canta):

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va ...
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.



Funerales de Carmen Lyra, 1949. Luisa González habla a los concurrentes a ese acto.

NOTAS

1—Página 17.

CARMEN LYRA. -Las Fantasías de Juan Silvestre. Ediciones Mínimas al cuidado de Francisco Soler y Julián Marchena. San José, Costa Rica, Falcó y Borrarse, 1919.

2—Página 19.

ABELARDO BONILLA. Historia de la Literatura Costarricense. San José, Costa Rica, Editorial Costa Rica, 1967.

3—Página 20.

JOAQUIN GARCIA MONGE. Notas y Documentos: En una silla de ruedas. En: La Obra (revista). Tomo II, Nos. 1 y 2, 1919.

4—Página 23.

MANUEL GONZALEZ ZELEDON (Magón). Carta a Carmen Lyra. En: Repertorio Americano. Tomo I, N° 19, 1920.

5—Página 24.

DR. RODOLFO LENZ. Una opinión autorizada e imparcial sobre Los Cuentos de mi Tía Panchita. (De una carta al Sr. García Monge). En: Repertorio Americano. Tomo IV, N° 16, 1922.

6—Página 27.

DR. VALERIANO FERNANDEZ FERRAZ (Hispanus). Los Cuentos de mi Tía Panchita. En: Repertorio Americano. Tomo IV, No 10, 1922.

7—Página 28.

CARMEN LYRA. (Artículo). En: Caretas, junio 1923.

8—Página 30.

CARMEN LYRA. Carta a Antonio Zelaya. En: Caretas, No 4.

9—Página 31.

ANTONIO ZELAYA. Carta a Carmen Lyra. En: Caretas, No 4.

10—Página 32.

SAN SELERIN. En la primera época de esta revista (1912), se publicaron 22 números. En una segunda época, 11 años más tarde (1923), en que figuró como codirector el maestro Joaquín García Monge, se renovó la publicación, patrocinada por los maestros de la Provincia de Heredia, encabezados por el entonces Inspector Provincial de Escuelas, profesor Remberto Bri-ceño.

11—Página 116.

PEDRO PEREZ ZELEDON. Gregorio José Ramírez y otros ensayos. San José, Costa Rica, Editorial Costa Rica, 1971.

BIBLIOGRAFIA DE CARMEN LYRA

A TORTOLA VALENCIA. En: Repertorio Americano. Vol. 4, octubre 1922.

A VIRGILIA. En: Páginas Ilustradas. Año 2, No 74. 1905.

ADHESIONES. En: Repertorio Americano. Vol. 17, No 21, diciembre 1928.

AL MARGEN DE LOS PERSONAJES QUE SE REFIEREN A GENTES Y COSAS DE ESCUELAS. En: Repertorio Americano. Vol. 22, N« 14, abril 1931.

AL MARGEN DEL LIBRO DE JOB. En: Repertorio Americano. Vol. 4, No 1, marzo 1922.

AL MARGEN DE UNA CONVERSACION. En: El Espectador. Año 1, No 1, julio 1929.

ANDRESILLO. En: Renovación. Año 1, No 10, mayo 1911-

AÑO NUEVO. En: Renovación. Año 4, No 73, enero 1914.

ARRURRU POESIA. En: El Espectador. Año 1, No 9, setiembre 1929-

BALADA DE NOVIEMBRE. En: Renovación. Año 1, No 21, noviembre 1911.

BANANOS Y HOMBRES. En: Repertorio Americano. Vol. 22, Nos. 20 a 23, mayo y junio de 1931.

BIGOTES. En: Repertorio Americano. Vol. 20, No 17, mayo 1930.

CARLOS A. CASTELLANOS. En: Repertorio Americano. Vol. 4, No 17, julio 1922.

CARNE DE MISERIA. En: Renovación. Año I, No 3, febrero 1911.

CARTA. En: Colección EOS. Tomo 2, No 4, setiembre 1916.

CARTA DE CARMEN LYRA A GABRIELA MISTRAL. En: Repertorio Americano. Vol. 23, No 11, setiembre 1931.

CARTA DE CARMEN LYRA. RECONOCE LOS MERITOS DE LA OBRA DEL SR. GARCIA MONGE. En: Diario de Costa Rica. 20 de julio de 1922, p. 4.

CARTAS DE JUAN SILVESTRE. En: Repertorio Americano. Vol. 3, No 7, octubre 1921.

CARRUCHO. En: Raginas Ilustradas. Año 7, No 250, setiembre 1910.

¿CLAUDIA LARS, COMO SE LLAMA? En: Repertorio Americano. Vol. 24, No 6, febrero 1932.

COMENTARIO. En: Repertorio Americano. Vol. 25, No 19, noviembre 1932.

CON EL ALBUM DE PAGO AMIGHETTI. En: Repertorio Americano. Vol. 15, No 23, diciembre 1927.

CUANDO LA LLUVIA LLAMA... En: Repertorio Americano. Vol. 4, No 12, junio 1922.

CUENTOS DE NAVIDAD. En: Repertorio Americano. Vol. 11, No 15, setiembre 1925.

CUENTOS DE MI TIA PANCHITA. San José, Costa Rica, Imprenta Española, 1936.

DE CARMEN LYRA A ROMULO TOVAR. En: Repertorio Americano. Vol. 1, No 11, enero 1920.

DE COMENIUS a BAKULE. En: Repertorio Americano. Vol. 21, No 3, julio 1930.

DE COMO CLAVILEÑO NO FUE DESTRUIDO. En: Colección Ariel. Tomo 8, Cuaderno 2. 1911.

DE LAS FANTASIAS DE JUAN SILVESTRE. En: Repertorio Americano. Vol. 1, No 23, julio 1920.

DE UNOS COMENTARIOS AL CABLE. En: Repertorio Americano. Vol. 24, No 6, febrero 1932.

DEL DIARIO DE JUAN SILVESTRE. En: Athenea. Tomo I, No 1, setiembre 1917.

DEL NATURAL. En: Renovación. Año 1, No 13, julio 1911.

DESEMPOLVANDO ILUSIONES. En: Renovación. Año 4, No 79, abril 1914.

DIVAGACIONES EN TORNO AL LIBRO DE JUAN J. CARAZO. En: Repertorio Americano. Vol. 7, No 22, febrero 1923.

DON AGUSTIN NIETO CABALLERO, HOMBRE DE NEGOCIOS ESPIRITUALES. En: Repertorio Americano. Vol. 14, No 19, mayo 1927.

DON ALBERTO GONZALEZ RAMIREZ. En: Mis Apuntes. Año 2, No 6, julio 1917.

DON ALBERTO MASFERRER. En: Repertorio Americano. Vol. 24, No 6, febrero 1932.

DON ARTURO URIEN, CONSUL DE LA REPUBLICA ARGENTINA EN COSTA RICA. En: Repertorio Americano. Vol. 22, No 9, marzo 1931.

DON BENITO. En: Repertorio Americano. Vol. 1, No 13, febrero 1920.

DON JOAQUIN En: Repertorio Americano. Vol. 25, No 23, diciembre 1932.

EDUARDO URIBE. En: Repertorio Americano. Vol. 7, No 19, febrero 1923.

EL AMIGO DEL TIO ANTOLINO. En: Brecha. Año 2, No 10, junio 1958.

EL CRIMEN DE ALBERTO LOBO. En: Repertorio Americano. Vol. 16, No 16, abril 1928.

EL DR. GUSTAVO MICHAUD. En: Repertorio Americano. Vol. 8, No 18, julio 1924.

EL HOMBRE QUE SENTIA PASAR LA MUERTE. En: Repertorio Americano. Vol. 10, No 15, junio 1925.

EL LIBRO DE BLAISE. En: Athenea. Tomo I, No 5, noviembre 1917.

EL LIBRO DE MAX JIMENEZ. En: Repertorio Americano. Vol. 17, No 22, diciembre 1928.

EL LORD DE CORK. En: Repertorio Americano. Vol. 2, No 8, diciembre 1920.

EL MARIMBERO. En: Repertorio Americano. Vol. 8, No 24, agosto 1924.

EL MONUMENTO A GARCIA FLAMENCO. En: Diario de Costa Rica. 20 de octubre, 1921. p. 4.

EL NIÑO DE PEREZ CALDOS. En: Repertorio Americano. Vol. 6, No 15, julio 1923.

EL PASO DE HAYA DE LA TORRE POR COSTA RICA. En: Repertorio Americano. Vol. 17, No 17, noviembre 1928.

EL PINO. En: Renovación. Año 4, No 77, marzo 1914.

EL POBRE LUCIANO. En: Repertorio Americano. Vol. 8, No 14, junio 1924.

EL PRIMER VUELO SOBRE EL POLO SUR. En: Repertorio Americano. Vol. 21, No 10, setiembre 1930.

EL RETRATO QUE YO ME HE HECHO DE DON ALBERTO MASFERRER. En: Repertorio Americano. Vol. 25, No 12, setiembre 1932.

EN EL UMBRAL. En: Repertorio Americano. Vol. 17, No 11, setiembre 1928.

EN LA OSCURIDAD. En: Repertorio Americano. Vol. 6, No 4, mayo 1923.

EN UNA SILLA DE RUEDAS. En: Brecha. Año 2, No 4, diciembre 1957.

ENSUEÑOS DE NOCHE BUENA. En: Repertorio Americano. Vol. 21, No 17, noviembre 1930.

FERNANDO AVILA CRUZ. En: Repertorio Americano. Vol. 4, No 18, julio 1922.

FLECHAS. En: El Espectador. Año 1, No 2, julio 1929.

FRANCIA. En Colección EOS. Tomo IV, Nos. 39-40, julio 1917.

FRIO. En: Repertorio Americano. Vol. 5, No 1, octubre 1922.

GLORIA LA HIJITA DE MAGDA PORTAL. En: Repertorio Americano. Vol. 24, No 11, abril 1932.

HABIA UNA VEZ UNA MUCHACHITA. En: Repertorio Americano. Vol. 15, No 17, noviembre 1927.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN EN 1930. En: Repertorio Americano. Vol. 21, No 7; agosto 1930.

HIGIENE SOCIAL. En: Renovación. Año 2, No 30, mayo 1912.

HUELLAS DE IMAGENES. En: Repertorio Americano. Vol. 12, No 5, febrero 1926.

HUMILDES CANTAROS ROTOS. En: Colección EOS. Tomo I, No 4, abril 1916.

JOSE CARLOS MARIATEGUI. En: Repertorio Americano. Vol. 15, No 6, agosto 1925.

JULIAN MARCHENA Y FRANCISCO SOLER. En: Repertorio Americano. Vol. 10, No 21, agosto 1925.

JUVENTUD. En: Repertorio Americano. Vol. 9, No 8, octubre 1924.

LA CAMPANA. En: Colección Ariel. Tomo I, cuaderno 9- 1911.

LA CENICIENTA. En: Pandemónium. Año 9, No 113, junio 1914.

LA FARSA DEL SOLDADO DESCONOCIDO. En: Repertorio Americano. Vol. 3, No 18, diciembre 1921.

LA FLOR DEL OLIVAR. En: Brecha, Año 3, N? 5, enero 1959-

LA HOJA DE TREBOL. En: Repertorio Americano. Vol. 9, No 10, noviembre 1924.

LA ILUSION ERES TU. En: Pandemónium. Año 8, No 108, abril 1914.

LA MANO DEL HERMANITO BALTAZAR. En: Repertorio Americano. Vol. 18, No 6, febrero 1929.

LA MARIPOSA AZUL. En: Mis apuntes. Año 2, No 5, junio 1917.

LA TRISTEZA DE NAUSICA. En: Repertorio Americano. Vol. 12, No 9, marzo 1926.

LA TRISTEZA DE NÁUSICA; AL MARGEN DE LA ODISEA IMITANDO A LEMAITRE. En: Colección Ariel. Tomo 10, cuaderno 1.

LAS AGÜELITAS. En: Mis apuntes. Año 1, No 1, junio 1916.

LAS INICIATIVAS. En: Repertorio Americano. Vol. 15, No 16, octubre 1927.

LAS NUBES. En: Acción Chica; revista para el hogar y la escuela. Tegucigalpa, 1926.

LAZARO. En: Repertorio Americano. Vol. 11, No 6, setiembre 1925.

LOS CAMINOS. En: Pandemónium. Año 8, No 101, diciembre 1913.

LOS CUENTOS GERMANICOS, En: Repertorio Americano. Vol. 4, No 30, octubre 1922.

LOS ESTUDIANTES DE COSTA RICA REGRESAN DE CHILE SIN TITULO PERO CON HONOR. En: Repertorio Americano. Vol. 21, No 12, setiembre 1930.

LOS ULTIMOS LIBROS DE MONTIEL BALLESTEROS. En: Repertorio Americano. Vol. 18, No 2, enero 1929-

MARIA ESTER AMADOR. En: Repertorio Americano. Vol. 15, No 24, diciembre 1927.

MI CALLE. En: Renovación. Año 4, Nos. 81-82, mayo 1914.

MONTIEL BALLESTEROS. En: Repertorio Americano. Vol. 13, No 19, enero 1922.

PACO RODRIGUEZ RUIZ. En: Repertorio Americano. Vol. 14, No 8, febrero 1927.

PAGINA LIRICA DE EDUARDO URIBE. En: Repertorio Americano. Vol. 13, No 19, noviembre 1926.

PAGINA LIRICA DE JULIAN MARCHENA. En: Repertorio Americano. Vol. 10, No 21, agosto 1925.

PARA LOS GORRIONES. En: Repertorio Americano. Vol. 5, Nos. 4 y 5, octubre 1922.

PARA MAGDA PORTAL. En: Repertorio Americano. Vol. 16, No 4, enero 1928.

¿PARA QUE? En: Colección EOS. Tomos 4 y 5, No 41, agosto 1917.

PERFUME DE RECUERDO. En: Páginas ilustradas, Año 7, No 247, agosto 1910.

PONER EL CASCABEL AL GATO. En: Repertorio Americano. Vol. 4, No 15, julio 1922.

¿QUE HABRA SIDO DE ELLA? En: Repertorio Americano. Vol. 6, No 1, abril 1923.

RAMONA, LA MUJER DE LA BRASA. En: Brecha. Año 4, No 1, setiembre 1959.

RELATOS NATIVOS Y ZAPATOS VIEJOS. En: Repertorio Americano. Vol. 22, No 8, febrero 1931.

SEIS MENOS. En: Renovación. Año 1, No 21, noviembre 1911.

SILUETAS DE LA MATERNAL. En: El Espectador. Año 1, Nos. 4-6, agosto 1929-

SIN TITULO. En: Repertorio Americano. Vol. 15, No 11, setiembre 1921.

SOL PARA TODOS. En: Renovación. Año 1, No 16, agosto 1911.

TEODORO PICADO. En: Repertorio Americano. Vol. 20, No 24, junio 1930.

TEOLOGIA. En: Brecha. Año 1, No 2, octubre 1956.

TODOS IRRESPONSABLES. En: Renovación. Año 1, No 5, marzo 1911.

UN ENSUEÑO DEL RABI. En: Athenea. Tomo 2, No 1, enero 1919.

UN MES DESPUES DE SU MUERTE. En: Repertorio Americano. Vol. 17, No 7, agosto 1928.

UNA ELEGIA HUMILDE. En: Centroamericana. Vol. 4, No 13, julio-setiembre, 1957.

UNA PAGINA INEDITA DE CARMEN LYRA. En: Brecha. Año 2, No 7, marzo 1958.

VIDA EN LAS COSAS. En: Renovación! Año 1, No 18, setiembre 1911.

VIDAS ESTERILES. En: Renovación. Año 2, No 26, enero 1912.

CUADRO CRONOLOGICO

CARMEN LYRA

- 1888 El 15 de enero nace en San José.
- 1904 Se gradúa de Maestra Normal en el Colegio Superior de Señoritas.
- 1906 Trabaja en el Hospital San Juan de Dios, en calidad de novicia religiosa. En este mismo año inicia su actividad literaria en los periódicos y revistas más importantes de la época, tales como PAGINAS ILUSTRADAS, PANDEMONIUM, ARIEL y ATHENEA.
- 1910 Tiene lugar el terremoto que destruye parte de la ciudad de Cartago. Se lleva a cabo la intervención de los Estados Unidos en Honduras. Ornar Dengo y Rómulo Tovar fundan "El Centro Germinal", el cual tiene por objeto el estudio y divulgación de los problemas políticos, sociales y económicos que afectan la vida del país.
- 1911 Cae el Gobierno de Porfirio Díaz en México. Los infantes de la marina norteamericana ocupan Nicaragua.
- 1914 Asume la dirección de la revista artística y pedagógica RENOVACION. Se concluye el Canal de Panamá. Empieza la I Guerra Mundial.
- 1915 Intervención de los Estados Unidos de América en México. El Gobierno de Alfredo González Flores crea la Escuela Normal de Costa Rica en Heredia.
- 1917 Los bolcheviques toman el poder en Rusia. Se inicia la dictadura de Tinoco.
- 1918 Se publican sus libros LAS FANTASIAS DE JUAN SILVESTRE y EN UNA SILLA DE RUEDAS.
- 1919 El 13 de junio dirige la Manifestación de Maestros contra el gobierno de Tinoco, la cual culmina con la quema del periódico "La Información".
- 1920 Publica su conocida obra CUENTOS DE MI TIA PANCHITA. El gobierno de Julio Acosta la envía a Europa en viaje de estudios.
- 1921 Desempeña la Cátedra de Literatura Infantil en la Escuela Normal de Costa Rica. Estalla el conflicto armado entre Costa Rica y Panamá, como consecuencia de no haberse señalado definitivamente los límites geográficos respectivos.
- 1925 César Augusto Sandino inicia en Nicaragua la Guerra de Guerrillas.
- 1926 Funda en San José la Escuela Maternal Montessoriana.
- 1931 Publica en "Repertorio Americano" su ensayo BANANOS Y HOMBRES. Entra a formar parte de la dirección intelectual del Partido Comunista y a colaborar en el periódico TRABAJO, órgano recién fundado de dicho Partido.

- 1939 Estalla la II Guerra Mundial.
- 1941 Se reabre la Universidad Nacional de Costa Rica.
- 1942 Se crea el Seguro Social. Se incorpora en la Constitución Política el capítulo de las "Garantías Sociales".
- 1948 Sobreviene la lucha armada en Costa Rica.
- 1949 El 13 de mayo muere en la ciudad de México.
- 1971 Se inaugura en San José, en la planta baja del kiosco del Parque Central, la "Biblioteca Infantil Carmen Lyra".